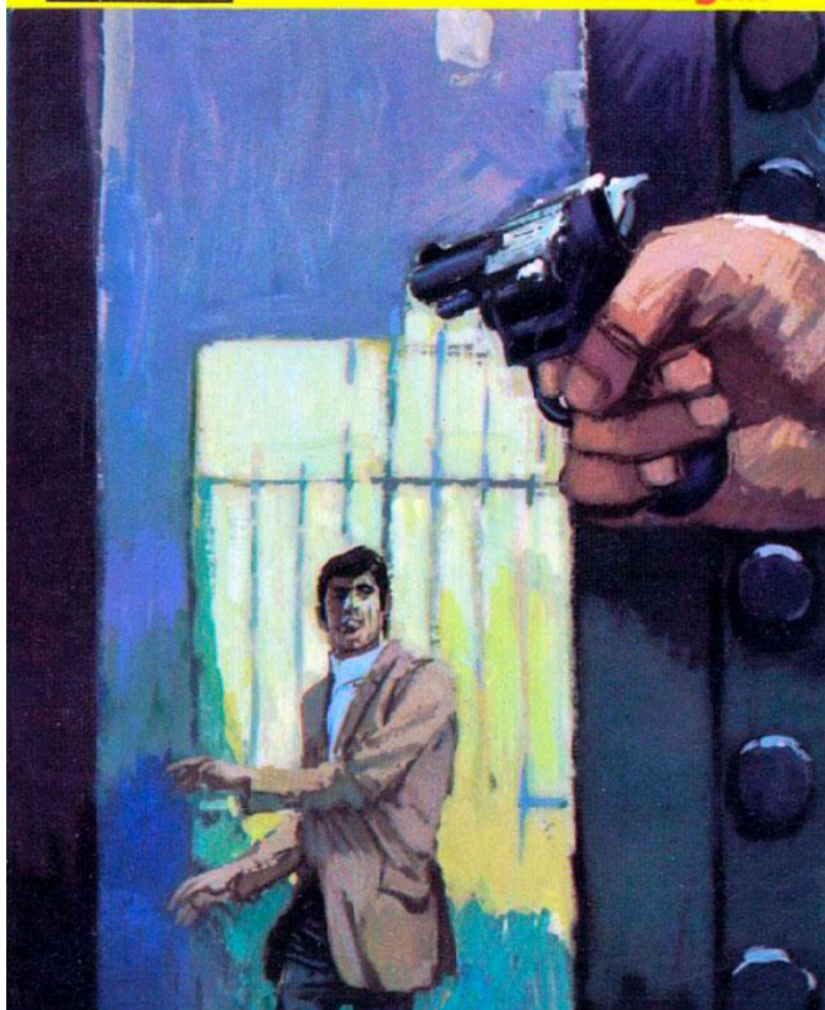




después del atracó perfecto

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

DESPUES DEL ATRACO PERFECTO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 364

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 5.510 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril, 1969

© VIC LOGAN - 1969
sobre la parte literaria

© DESILO - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección AMAPOLA:
860. — Impetuosa juventud.
- En Colección ALONDRA:
814. — Una noche diferente.
- En Colección CAMELIA:
757. — No soy lo que tú crees.
- En Colección MADREPERLA:
1.065. — Lucha de sexos.
- En Colección PIMPINELA:
1.158. — Tu amor no tiene precio.
- En Colección ROSAURA:
979. — La muralla.
- En Colección LEGIONES BLANCAS:
268. — Fuga bajo el sol.
- En Colección KATRINA:
87. — Tu vida es mía.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
971. — Un hombre asustado.
- En Colección PUNTO ROJO:
359. — La colina siniestra.
- En Colección ASES DEL OESTE:
507. — Olor a pólvora.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
672. — Plomo y dinamita.

PLANTEAMIENTO DE UN ATRACO

Alguien dijo una vez: «Para vencer a un enemigo tienes que conocerlo, por lo menos tanto como a ti mismo».

Jud agregó:

—Para robar un Banco hay que conocer palmo a palmo sus dependencias, el carácter y costumbre de los vigilantes nocturnos y averiguar el sistema de apertura de la caja fuerte.

En principio esto puede parecer difícil, pero para Jud no existía esta palabra en su vocabulario y estaba decidido a llevar a la práctica su plan.

Claro que Jud contaba con una baza muy fuerte a su favor. Conocía al dedillo al todopoderoso John Patrick Armstrong, presidente del Banco que se proponía saquear.

Detestaba cordialmente a John Patrick Armstrong:

—Fatuo, presuntuoso. Se cree un dios y no es más que un puerco con camisa de seda.

Jud decía esto mientras conducía el coche por la calle principal de Kentville, pequeña villa del Estado de Nueva York a pocos kilómetros de Buffalo.

Se detuvo ante una desierta y solitaria calle de la zona residencial, compuesta por pequeñas casitas rodeadas de jardín.

Eran las diez de la noche.

Jud miró hacia la casa. Una de las ventanas estaba iluminada. Sonrió.

Bajó del coche —un auto de alquiler de la compañía Farmers—, cerró la portezuela sin ruido y cruzó el pequeño jardín hasta llegar a la puerta de la casa.

Llamó al timbre y enseguida apareció una mujer en el umbral de la puerta.

Era una muchacha de unos veintidós años:

—Pasa, Jud.

—¿Estás sola? —preguntó él.

—Claro. Quedamos en eso. Pero la verdad es que tengo un poco de miedo.

—Si cumples al pie de la letra mis instrucciones nada te ocurrirá, pequeña.

Se habían sentado en sendas butacas, en el pequeño y acogedor saloncito.

—¡Oh! Cada vez que pienso en... —replicó, sin hacerle caso.

—No debes pensar en nada, Lucrecia. Tranquila, sosegada. Con esa misma mirada que tienes ahora engañarías a cualquiera, excepto a mí, claro.

—Es que estoy asustada de veras —repitió ella.

—¿Sólo para ir a hacer una exhibición?

—Es algo más que una exhibición, Jud.

—Todo saldrá bien, muñeca.

—Tú confías en mí, ¿verdad?

—¡Qué pregunta! Cuando Frank me dijo que te había encontrado, me dije a mí mismo que acababa de dar con la pieza clave que andaba buscando.

—Viniedo de ti debe ser un cumplido, pero ya sabes que lo de antes se acabó por completo.

—¿No da el streap-teasse para vivir?

—Cada día había más competencia. Además, comprendí que esa clase de vida tenía que terminar algún día. Siempre teniendo que soportar borrachos, gente sin modales, palabrotas y luego señalándote siempre con el dedo. Por eso con mis ahorros me vine aquí. Y estoy bien. Nadie me conoce.

—Pero los ahorros se terminan.

—Buscaré trabajo...

—Mil dólares pueden ser una buena ayuda.

—Esto no voy a hacerlo por dinero. Tú me hiciste algunos favores y...

—Eres agradecida, ¿eh? Bien, vamos a lo que importa.

—¿Cuándo tengo que... actuar?

—Dentro de dos días. El viernes exactamente. Cuando empieza el fin de semana. Y ahora repasemos el plan...

11,30 de la noche en un suntuoso *night-club* de Buffalo.

El coche de alquiler de Jud se detuvo una manzana antes de llegar al local.

El joven cruzó la puerta y se dirigió directamente al bar. Pidió un *whisky* y se volvió desde su taburete hacia la animada pista. Escudriñó a las parejas que bailaban y después se fijó en las mesas hasta dar con la que buscaba.

Pagó su *whisky* y avanzó hacia la mesa donde se hallaban sentados un matrimonio. El hombre rondaba los cincuenta, la mujer bastante más joven tenía como él un empaque de sencilla distinción. Sin duda eran «gente bien».

Jud se plantó frente a la mesa y sonrió:

—¡Harry!

—¡Jud! —exclamó el hombre poniéndose en pie—. No esperaba encontrarte por aquí. Voy a presentarte a mi esposa. Hellen. Éste es Jud Cregan. Un escritor muy famoso en su estilo.

—Señor Cregan —murmuró la mujer con una leve sonrisa sin dejar su aire de dignidad.

—Encantado, señora Masson.

—Puedes sentarte con nosotros, Jud. Toma una copa.

—Bueno, acabo de tomar un *whisky*, pero aceptaré otro.

—Jud es un hombre que ha sabido triunfar, querida —explicó Harry Masson a su esposa—. Siempre he admirado a los hombres que tienen tesón y voluntad.

—¿A qué género de literatura se dedica, señor Cregan? —preguntó ella.

—¡Oh! Dudo mucho que usted pueda interesarse por ella. Los crímenes y los atracos son mi especialidad. Literatura barata, pero le asombraría a usted cómo se consume. Muchos opinan que es la decadencia pero yo digo viva la decadencia. Perdón, quizá la aburro.

—¡Oh, no, señor Cregan! ¡Nunca había conocido a un escritor!

—Bueno, supongo que mi nombre jamás pasará a la posteridad. Pero carecía de cualidades para dedicarme a la banca. ¿Verdad, Harry?

—¡Oh! Olvídate de aquello.

—¿Ha trabajado usted en la banca? —preguntó la señora Masson.

La respuesta se la facilitó su propio marido:

—Jud entró a trabajar en el Banco Comercial hace cosa de... unos diez años. Entonces todavía era director el señor Armstrong, y opinó que Jud no rendía lo suficiente.

—Bueno, el caso es que me hizo un favor —intervino Jud—. Así pude lanzarme de lleno a mi vocación.

—A pesar de todo —terció Harry Masson—. Jud confía su dinero a nuestro Banco.

—Eso prueba de que no es rencoroso —sonrió la señora Masson.

—Bueno, la verdad es que el motivo de su despido en el Banco no fue porque Jud no rindiese —interpeló Harry.

—Por favor —pidió Jud—. Delante de tu esposa no...

—Mi esposa tiene ya su opinión formada con respecto a Armstrong, Jud. No se puede escandalizar.

Ella intervino con naturalidad:

—Si la causa de su despido fue porque había alguna muchacha de por medio es perfectamente comprensible. Creo que todo el mundo en Buffalo conoce la fama de mujeriego de Armstrong.

—¡Vaya! Tu esposa llama a las cosas por su nombre —sonrió Jud.

—¿Por qué no? Todos sabemos que Armstrong llegó a presidente por su amistad con la esposa de su antecesor. ¡Un escándalo! Pero acabó bien. Murió el presidente y él se casó con la viuda. Y de nuevo la suerte le acompañó, apenas un año más tarde moría su segunda esposa de accidente...

Se produjo un pequeño silencio.

—Mi esposa también tiene sus ideas al respecto.

—¡Oh! —exclamó Jud—. ¿Cree que el accidente... fue provocado?

—Dicen que el dinero suele tapar muchas cosas y Armstrong es millonario. El caso es que el asunto no quedó muy claro —y la esposa de Harry añadió—: ¿No le da tema para una novela este asunto, señor Cregan?

Jud iba a replicar algo pero se abstuvo. Cambió repentinamente de conversación:

—Estoy de vacaciones. Precisamente este fin de semana voy a estar ausente y quería hablar de unos asuntos con su marido, pero esperaré a mañana. No quiero interrumpirles más por esta noche.

—De ningún modo, señor Cregan. Yo tengo que ir al tocador, si

para lo que tienen que hablar les bastan diez minutos...

—No quisiera...

—Déjala, Jud. De todos modos ya nos íbamos —replicó Harry Masson.

Los dos hombres se levantaron educadamente cuando lo hizo la señora Masson, que se alejó inmediatamente hacia los lavabos.

Harry y Jud se sentaron en silencio.

Jud fue directamente al asunto:

—Está todo arreglado para pasado mañana.

—¿No queda ningún cabo suelto? —preguntó Harry.

—No. La chica está avisada. Y las Coca-Colas están a punto.

—¿De veras no existe el menor riesgo para los vigilantes?

—Yo mismo he hecho la prueba para convencerme. Con la dosis adecuada, el sabor no varía y hay sueño garantizado para dos o tres horas, tiempo más que suficiente.

—Si algo ocurre...

—No ocurrirá nada, Harry. Cuando yo planeo una cosa sale bien.

—Pero puede surgir algún imprevisto...

—Esto sólo ocurre en las novelas y en las películas para echarle un poco de suspense. De todos modos tranquilízate, he escrito una carta; en ella explico todos los detalles. A ti no te incluyo para nada.

—¿Dónde está esa carta?

—En lugar seguro. El martes ocurra lo que ocurra podrás leerla en el periódico, y ahora vamos a lo nuestro antes de que regrese tu esposa... Por cierto, ¿ella no sabe nada, verdad?

—Claro que no.

—Bien. Me parece una mujer muy entera, pero este asunto cuantos menos lo sepamos, mucho mejor.

—¿Y la chica?

—Es de toda confianza. La conozco desde hace años.

—Está bien, repasemos el plan... —replicó Harry.

Una de la madrugada en la redacción del «Tribune».

Transcurría ese lapso de tiempo en que los reporteros están en calma.

Los artículos están ya en las galeradas y sólo se aguarda la posible noticia sensacional de última hora.

Ben Graham, redactor jefe pese a su juventud, estaba echado hacia atrás con las piernas subidas a la mesa. Parecía dormido.

Muchos decían, sin embargo, que Ben Graham jamás dormía con ambos ojos cerrados. Un «Pulitzer» y un cajón de medallas justificaban su puesto y su fama de periodista de excepción.

Había rechazado ofertas de rotativos más importantes, pero el dueño de la cadena de que formaba parte el Tribune le pagaba bien y hacía además que en el periódico se sintiera como si fuese el propio dueño.

Jud pudo llegar hasta él porque todo el mundo le conocía y sabía la amistad que unía a ambos.

—Abre el otro ojo y préstame un poco de atención —sonrió Jud sentándose al borde de la mesa.

—¡Hola, Jud! ¿De qué se trata esta vez? Hum, a estas horas lo adivino. Una consulta. Estás escribiendo algo y...

—Para, para... Por esta vez te equivocas. Te traigo un artículo sensacional y en exclusiva. Favor por favor.

—¿Han asesinado al presidente? ¿Se ha desencadenado la guerra atómica? Veamos cuál es tu noticia.

—Tendrás que calmar tu impaciencia hasta el martes.

—¿Se trata de una broma?

—Algo parecido —replicó Jud extrayendo del bolsillo interior de su chaqueta una carta cerrada con lacre.

—¿Qué es esto?

—Ahí va la información, pero hasta el martes no puedes echar mano de ella. —Y Jud miró en torno suyo. Estaban solos dentro de la jaula de cristal—. ¿No pueden oímos?

—No.

—Escúchame bien. El martes das publicidad al texto de esta carta. Ocurra lo que ocurra esperas hasta el martes. Ahora bien, a mí no me menciones en absoluto. Esta carta la has encontrado en el buzón de tu propia casa. ¿De acuerdo?

Ben arqueó las cejas, frunció el ceño y observó la carta sin decidirse a tomarla:

—¿Nada más?

Jud negó con la cabeza.

—¿Puedo cogerla ya?

—Si no confiara en ti jamás haría esto, Ben. Me limitaría a echarla al buzón de verdad, pero no dirigida a ti. Guárdala como oro en paño.

—Son muchos días hasta el martes. Pero no te preocupes Sabré esperar.

—¡Ah! Oficialmente he venido a hacerte una consulta. Es lo que he dicho a los muchachos.

—¡Okay! —sonrió el redactor jefe.

Eran las tres de la madrugada cuando Jud llegó a su apartamento de Niagara Street.

Pasó a su estudio donde imperaba un «ordenado» desorden. Libros salidos de imprenta, folios con ideas, carpetas, más folios con la mitad de una futura novela, revistas ilustradas, más novelas, pero todo en el sitio que Jud sabía que estaban. Aquel estudio era sagrado para todos. Allí no entraba ni la mujer de la limpieza. El mismo se quitaba el polvo de los estantes repletos de libros y barría cuando era necesario.

De entre las páginas de uno de aquellos libros extrajo una cuartilla, era la copia de la carta que acababa de entregar a su amigo el periodista.

Se aflojó la corbata, se quitó la chaqueta y se tendió en la tumbona que ocupaba el único ángulo libre de la pared.

Dio la luz de la lamparilla de la mesita y releyó aquellas notas que casi se sabía de memoria y que habían sido escritas en un «escritorio público» en Nueva York. Así si comprobaban aquella letra con la de su máquina no podrían acusarle.

Leyó:

«Yo, atracador del Banco Comercial:

»Escribo esta confesión antes de efectuar el robo que tendrá lugar en la noche del 24 al 25 de mayo de este año 1968.

»Debo decir que me siento muy tranquilo por dos razones, por las mismas dos razones por las que voy a cometer el robo.

»Razón primera de mi tranquilidad: sé que jamás van a descubrirme.

»Segunda razón: me propongo devolver íntegramente el dinero.

»No existe en mi ánimo de lucro y ahí va el porqué de mi acción.

»En primer lugar, quiero demostrar a la eficiente policía que es perfectamente posible el atraco perfecto. Es decir, el robo de los millones que guarda la caja fuerte de un Banco sin que el autor sea descubierto, y en segundo lugar, por añadidura, se pondrá de manifiesto la inseguridad de la caja fuerte del Banco Comercial y su deficiente sistema de funcionamiento.

»Demostradas ambas cosas me daré por satisfecho. Esto es todo.

»John Smith».

Jud dobló nuevamente la cuartilla y la depositó dentro del mismo libro del que la había sacado.

Sonrió maliciosamente y comenzó a desnudarse.

Antes de conciliar el sueño pasaron por la mente del escritor una sucesión de imágenes. Ninguna de ellas seguía un orden cronológico, era como cuando surge la idea de la novela. Nunca parte del arranque. Todo son cabos sueltos, piezas de un rompecabezas que luego es necesario ir colocando en orden. Así eran los pensamientos de Jud Cregan.

Recordaba la conversación con Harry Masson:

—Me fastidia este sistema de Armstrong. ¡Oh! Y no es por la desconfianza. Cuando se es presidente de un Banco en cuya caja se guardan millones toda precaución es poca, pero de la forma que él lo lleva parece que esté jugando con nosotros.

—¿Y no crees que es eficaz? —preguntó Jud.

—No. Sinceramente, no, y menos conociéndole como le conozco.

—Es un entusiasta de la electrónica. Oí decir que tiene un sistema único.

—No es el sistema lo que puede fallar.

—¿La electrónica entonces? —sonrió Jud.

—Sus costumbres.

Jud había arqueado las cejas. Harry añadió:

—Has hablado de su entusiasmo por la electrónica.

—Y es cierto.

—También es un entusiasta de las mujeres.

—Eso no tienes que recordármelo.

—Siempre tiene alguna chica en su casa, y ahí está el peligro.

Jud guardó silencio. Hacía tiempo que una idea bullía por su mente. Lo difícil era exponerla. Sí..., buscar la complicidad de otro puede ser un arma de doble filo y no acababa de decidirse...

Sus pensamientos le llevaron a una conversación con Frank Skinner. El teniente Skinner de la policía del distrito gran amigo suyo.

De Frank sacaba con frecuencia la documentación necesaria para los casos de duda que le planteaban sus novelas.

Aquel día, tomando unas copas, Frank —gran admirador y crítico de sus novelas— manifestó su disconformidad con uno de sus últimos relatos:

—Es completamente absurdo y no lo tomes a mal. Yo no digo que no exista el crimen perfecto y el atraco perfecto. Tenemos casos que se están empolvando en los archivos y quizá nunca hallemos la solución, pero tal como planteas las cosas en tu última novela...

Hizo un gesto como queriendo decir que no era normal.

—Entonces, ¿a qué llamas tú normal? ¿A que los robos y los crímenes los cometen personas fichadas? No, amigo mío. Yo puedo cometer una fechoría y tú serías el último en sospechar de mí. Razón simple. No necesito robar a nadie ni odio tanto a persona alguna como para asesinarla.

—Luego te falta un motivo.

—Podría hacerlo..., pongamos por capricho. Supongamos que tomo un avión, doy mi propio nombre, desembarco en Chicago, en Boston, en Filadelfia, donde sea..., entro en una casa, mato a una persona metiéndole un par de balas en el cuerpo y me largo después de haber dejado el arma en el mismo lugar del crimen y con mis propias huellas dactilares. Si no conozco a la persona, ¿cómo diablos me vais a relacionar con ella...?

—Eso sería el crimen de un loco.

—Es posible que sólo un loco hiciera tal cosa, pero jamás llegaríais a descubrirlo.

—Eso se aparta de la cuestión. Hablábamos...

—De mi novela. Un tipo mata para robar. Tiene una coartada perfecta.

—Según tú la tiene, pero yo te digo que existen puntos vulnerables. En las novelas todo ocurre tal como el autor lo ha planeado.

—Me gustaría saber quién copia de quién.

—No te entiendo.

—Pues si son los criminales quienes aprovechan nuestras ideas o nosotros perfeccionamos las que antes han tenido los criminales.

—Recuerda lo que se dice. El crimen no paga dividendos.

—Pero puede quedar impune.

—Por si acaso no cometes ningún acto delictivo.

—No sé... Lo pensaré.

Aparentemente fue una de tantas conversaciones, pero a Jud le fastidiaba aquella seguridad de su amigo el policía.

¡Cuántas veces había preparado para sus novelas el crimen y el atraco teóricamente perfectos!

Todo había salido conforme. El Jud, metido en los zapatos de sus personajes veía perfectamente posible la comisión de aquellos hechos que relataba. Perfectamente posible...

Luego, por motivos de censura los culpables tenían que ser descubiertos, claro que siempre usaba métodos frágiles, sutiles para que el lector comprendiera que si había terminado mal era precisamente por tales motivos. Siempre una «pifia» inconcebible y absurda en el último momento daba al traste con los golpes tan «científicamente» preparados.

Eso era lo que más le deprimía, tener que destruir sus «fechorías perfectas».

Por eso pensó: «Alguna vez tengo que demostrar que lo que invento es posible».

Y de nuevo recordó una nueva conversación con Harry Masson.

Era por la mañana. Había ido a retirar fondos del Banco. Uno de los apoderados se retrasó:

—Lo siento, Jud. La caja no puede abrirse. Ya sabes que la combinación la tenemos entre cuatro. El cajero, los dos apoderados y yo.

—Y Armstrong —añadió Jud.

—¡Oh, claro! El la tiene completa, y puede abrir la caja desde su

propia casa.

—¿Por qué no le llamas?

—Esto costaría un disgusto al pobre Big. Tiene enferma a su esposa, pero a Armstrong esto le tiene sin cuidado. Se armaría un escándalo.

—Siempre tan gallito, ¿eh? —sonrió Jud—. Y a sus cincuenta años...

Sí, aquella conversación sin importancia aparente sirvió para recordar conversaciones anteriores sobre el funcionamiento de la caja.

Como casi todas, funcionaba con el moderno sistema de cierre automático sin posibilidad de abrirla hasta determinada hora del día siguiente. Así que Armstrong calculaba esa apertura en cinco minutos antes de la hora de abrir al público.

Cuando la barrera tiempo ya no era obstáculo, quedaba la combinación. Una combinación muy singular que Armstrong cambiaba todos los días. Esa combinación también era electrónica y no era menester manipular con números. La puerta acorazada se abría como las cuevas de

Alí-Babá

Lo de «Ábrete, Sésamo», la ciencia moderna lo había hecho realidad.

Armstrong daba todas las tardes a cada uno de los cuatro hombres que debían abrir la cámara una frase y anteponía un número.

Así, por ejemplo, llamaba al cajero y le comunicaba: «2 Cielo». Luego a uno de los apoderados para decirle: «4 Gris». A otro de los apoderados le confiaba:

«3 Es»

y al director:

«1 El».

Total, la clave era: «El cielo gris».

Cada uno sabía su parte y el número uno empezaba diciendo su parte a través de un micro ultrasónico, que sólo obedecía a su propia voz. Cuando el cuarto hombre había dado a través del citado micro la última parte de la contraseña, la caja como por arte de magia se abría sola.

Y era precisamente esa especie de juego de magia lo que

fascinaba al opulento Armstrong.

Pero esa seguridad que poseía sobre el sistema, Jud la consideró vulnerable.

Jud sabía que Armstrong había introducido ciertas variedades en el sistema corriente de «Tiempo».

Para casos de emergencia el banquero, desde su propia casa podía echar atrás el reloj y dejar libre la puerta para proceder a su apertura siempre mediante la combinación diaria.

Se vanagloriaba Armstrong de que podía abrir la caja desde su propia casa, a través de un micrófono ultrasónico, controlado a distancia, mediante el cual y con su propia voz, pronunciando las palabras clave se abría la puerta de la cámara.

Y aquí consistía el fallo.

Jud —seguíá recordando— aprovechó una tarde que Armstrong había ido a pasar el fin de semana con una de sus conquistas. Su perro fiel Adams —que tenía más de perro que de fiel— aprovechaba estas esporádicas ausencias para dedicarse a sus asuntos particulares.

Esta circunstancia favoreció a Jud que encontró el sistema de entrar en la casa.

Fue una búsqueda exhaustiva la de aquella tarde, pero al fin encontró lo que buscaba.

Estaba allí, en el propio dormitorio de Armstrong. Una caja fuerte empotrada junto a un mueble.

Jud comprendió. La caja también se abría con una combinación «verbal». Aquella caja debía contener el mecanismo electrónico. Ahora sólo faltaba saber la combinación.

Ahora que todos los preparativos habían quedado atrás, Jud sonreía. No había sido un trabajo fácil, pero tampoco difícil. Tuvo suerte y todo salió bien.

—Seguramente —se decía Jud— a Frank le parecería que «es de novela» y sin embargo lo hizo por mí mismo. Y salió bien.

¿Cómo pudo ser?

Jud no estaba versado en demasía en asuntos de ciencia-ficción. Recurrió a un compañero especialista: Arthur Wells.

Wells se recreó poniéndole al corriente de sus conocimientos.

Jud recordaba su entrevista con el compañero especialista en novelas de ficción científica...

—No voy a hacerte la competencia, pero lo necesito para cierto asunto. Y me gusta caminar sobre seguro.

Wells sonrió y empezó a hablar:

—Hoy en día colocar un micrófono en una habitación es de lo más sencillo. Sobre todo porque vivimos en un país donde puede encontrarse todo lo que uno está dispuesto a comprar.

Y Wells siguió con su verborrea. Al revés de Jud. Wells era de los que se expresaban mejor hablando que escribiendo. Planteaba una novela en breves minutos con todos los pormenores.

Explicó todo lo que debía adquirir:

—El micrófono no es más grande que el tamaño de una aceituna. Yo fui el primero que ideé ese tipo de artefactos aunque ahora se atribuyan los japoneses su paternidad. Pero ya en el año mil novecientos cuarenta y...

—Bueno, bueno, sigue, Arthur. Me interesa lo del micrófono, su conexión y la forma de poder grabar cuánto oiga, sin cables, todo sencillo.

—Coser y cantar, amigo mío. Pon atención...

Jud tuvo que pasar casi toda la tarde escuchando la tabarra de Wells, pero al fin supo lo que le convenía.

Cuando lo tuvo todo dispuesto, faltó la ocasión. Varias semanas de espera hasta que Armstrong dejara libre la casa.

El prácticamente invisible micrófono ultrasensible le permitía escuchar todos los días la combinación que Armstrong daba a sus empleados.

«Jane Morgan, vestido azul». «Bajo puente pasa río». «Dolores Trevor, medias transparentes». «Una cama demasiado blanda». «Jill Morrison, rubia platino»...

Esas y otras de parecida excentricidad eran las combinaciones que facilitaba.

Dato curioso: chicas, vestidos, medias... Sí. Posiblemente era lo único que estaba en el cerebro del banquero con mente de sicópata.

Bien. Lo importante era saber la combinación de su caja particular, y ésa, por los días transcurridos a la escucha, Jud se la sabía de memoria: «Armstrong, dinero, amor y placer».

Era un retrato perfecto de su idiosincrasia particularísima.

Armstrong llamaba todos los días a las cinco menos diez minutos de la tarde al Banco para dar la clave del día siguiente, y para

hacerlo tenía que abrir primero su propia caja fuerte y para ello daba verbalmente la combinación al micro ultrasónico...

Estando a la escucha Jud pudo enterarse de que el banquero era muy dado a hablar a su conquista de turno de sus conocimientos electrónicos. A vanagloriarse de sus sistemas. Las mujeres le aguantaban porque... ésa era su obligación. Armstrong debía pagar bien la compañía femenina. Regalos costosos, influencias... Sí, ser amiga de Armstrong era buen negocio.

Pero podía ser también su ruina.

La ocasión se presentó vanas semanas más tarde. Armstrong pasó un par de días fuera. Jud volvió a entrar en la casa.

Tenía que hacer primero la prueba. Con un diminuto magnetofón se acercó al mueble donde estaba el micro ultrasónico. Aplicó la cinta magnética a la boca del micro y abrió el aparato.

La propia voz del banquero grabada en la cinta fue la que pronunció la frase mágica: «Armstrong, dinero, amor y placer».

Se oyó un chasquido y Jud pudo comprobar cómo dentro de la caja existía el mecanismo regulador. El reloj de tiempo, el control a distancia y el transmisor para abrir la caja fuerte.

¡Lo había conseguido!

Dejó el pequeño micro por donde había podido escuchar durante los días de espera y salió de la casa sin dejar la más leve huella.

Los preparativos, el prólogo del atraco había empezado. Lo demás era trabajo mecánico.

Ponerse de acuerdo con Harry Masson era lo penúltimo que le faltaba. Y un día encontró la ocasión.

—Es monstruoso, Jud... No puedes hablar en serio... Yo era muy amigo de tu padre y lo soy de ti... Sé que no te guía ningún propósito lucrativo, pero considero que es ir demasiado lejos...

Jud tuvo que convencerle con los mejores argumentos:

—Esto puede valerte mucho, Harry. Demostrarás que su sistema no es perfecto... Tú muchas veces lo has dicho, Aparte de ponerle en ridículo quizá consigas escalar un puesto en el Consejo de administración... Tú tienes acciones...

—¡Oh! No...

—Harry... Sólo velamos por los intereses de miles de americanos que confían su dinero a manos de quien no lo merece.

—Y todo para demostrarte a ti mismo...

—Sí, Harry, para demostrar que es perfecto. Sobre el papel te lo he demostrado. La caja fuerte es vulnerable y ese fantoche de Armstrong merece una buena lección.

—Estoy de acuerdo en que la merezca, pero...

No. Harry no se decidía.

Pero bien mirado aquello podía valerle un ascenso..., aunque Armstrong tuviera el cincuenta y uno por ciento de las acciones. ¿De qué le servirían si su Banco perdía crédito?

Harry era bien mirado por los demás accionistas, quizá llegaría a presidente... Las gotitas de ambición comenzaron a inclinar la balanza..., luego los deseos de desquite de la humillación que representaba para él el que cada día se variase la combinación... La forma despótica de Armstrong con sus subordinados a quienes no le importaba hacer quedar mal en público...

Sí... Fue otra tarea laboriosa, pero al fin Harry accedió.

Ya sólo faltaba encontrar a la chica.

¡Y se la proporcionó el teniente Frank Skinner de la policía local!

Jud seguía recordando.

Gozaba de aquel torbellino de pensamientos encontrados que le retrotraían al planteamiento del atraco que ahora ya estaba a punto de consumarse:

—¿A que no dirías a quién he visto?

—¿Algún viejo amigo?

—Te equivocas de sexo.

—Hummm...

—¡A la reina!

—¡Lucrecia!

—Bueno, ahora ya terminó aquello. Ya no usa el nombre de batalla...

—¡Qué tiempos aquéllos!

Recordaron juntos una turbulenta juventud en Nueva Orleans. Allí la conocieron.

Lucrecia —ése era su nombre de batalla— fue una de las primeras en alistarse en los prolegómenos del streap-tease.

«¡Lástima de chica!», habían exclamado más de una vez.

Sobre todo el teniente, que entonces todavía no era ni siquiera

policía. Sí. Frank siempre había sentido una especial predilección hacia aquella muchacha de mirada ingenua y asustada y de porte señorial. Parecía una hija de familia venida a menos. Jamás pudieron saber su procedencia. Lucrecia era un auténtico misterio. Jamás hablaba de sí misma y esto aumentaba sus encantos.

Un buen día la perdieron de vista.

Jud sabía que Frank se había insinuado. A pesar de todo se habría casado con ella. Al fin y al cabo aparte de exhibirse en público no se le conocían relaciones con hombres. Terminaba su trabajo y desaparecía.

Bueno. La vida impone tomar un rumbo y los dos amigos comenzaron a pensar seriamente en el porvenir.

Tras años de separación volvieron a encontrarse en Buffalo y ahora al cabo de otro tiempo aparecía Lucrecia...

¡Lucrecia!

«Sí —pensó Jud enseguida—. Ella podía ser la chica necesaria para componer el trío indispensable para llevar a buen término el robo».

Y Lucrecia había accedido.

Acariciando las mieles de aquel triunfo Jud quedó dormido en aquel mar de recuerdos halagadores.

Iba a convertirse en delincuente..., por juego, por propia voluntad, pero en delincuente sin malicia.

¡Qué lección para los profesionales! ¡Qué bofetada para Armstrong! Y luego el placer de tener a la policía desconcertada...

Sí. Valía la pena...

CAPÍTULO PRIMERO

«Un largo prólogo para un trabajo sencillo», pensaba Jud aquella tarde a las cuatro y cuarenta de la tarde.

Dentro del automóvil de alquiler, aparcado a dos manzanas del Banco se puso a la escucha. Todo el equipo era portátil. Según la costumbre, Armstrong no tardaría en Jamar al Banco para dar la contraseña.

Era viernes, 24 de mayo de 1968.

Los minutos transcurrían lentos, lentos...

Jud no dejaba de escuchar. Pronto oiría el chasquido del teléfono. Luego la voz de Armstrong llamando a sus subordinados.

Cuatro cuarenta y cuatro...

«Falta un minuto», pensó Jud.

Contó los segundos.

Faltaba un cuarto para las cinco. Era extraño. Armstrong no llamaba.

Otro minuto.

Otro...

Jud tenía los nervios en tensión.

¡La primera vez en tres meses que Armstrong no llamaba a la misma hora!

¿Tendría que dar la razón al policía?

¡Oh, no! Siempre habría oportunidad de esperar otra ocasión. Sólo tenía que avisar a Lucrecia. Ella le esperaba en un bar.

Sí. Su plan seguía siendo bueno porque tenía las ventas de que podía variarse la fecha, pero la del 24 al 25 de mayo era la mejor. Primero, porque Harry le había informado de que por aquellas fechas guardaban una cantidad importante en la cámara acorazada; luego, porque él ya tenía preparada su coartada...

¡Cinco minutos de retraso y Armstrong no llamaba...!

Si tardaba más no le quedaría mucho tiempo... Tenía que ver a

Lucrecia, luego entrar en el Banco que estaba a dos manzanas...

Seis minutos. Sólo le quedaban nueve.

«No. No me doy por vencido. Armstrong tiene que llamar. Tiene que dar la combinación para el lunes...»

Sus ojos ya no se apartaban del reloj.

A través del diminuto auricular creyó oír un ruido. ¡El teléfono!

No..., falsa alarma.

—¡Jud!

Atento y sudoroso no oyó la llamada.

—¡Jud! —repitió la mujer.

Volvió sus ojos. Había reconocido aquella voz:

—¡Lorna! ¡Lorna Diamont!

¡Lo que faltaba!

¡Oh, no es que Jud menospreciase a Lorna...! Tan bella, tan anatómicamente perfecta, tan...

¡Oh! Había tenido que ser precisamente en aquel momento. ¡Faltaban siete minutos, seis...!

—Bueno, hombre... No soy un fantasma.

El seguía sin bajar del coche. Sin ofrecerle siquiera que ella subiera. Y en cualquier momento habría dado lo que le hubiesen pedido por pasar unos minutos con aquella mujer maravillosa que hacía volver las miradas de los hombres y provocaba a los gamberros.

¡Qué piernas! ¡Qué busto!

Jud lo habría mandado todo a paseo. Pero ¿y el plan? ¿Debía abandonarlo todo cuando de un momento a otro...?

—Disculpa, Lorna... Estoy... Estoy...

—¿Qué te pasa?

—Nada. Es que...

Jud se maldecía. Iba a tomarle por un idiota.

—Bueno, Jud... Si es que mi presencia te compromete.

—No, no, espera un segundo. Sólo un segundo... Ahora no puedo. ¿Dónde estás? ¿Adónde puedo llamarte?

—Te veo muy nervioso... Quizá sea mejor que me vaya. Adiós, Jud... Ya nos encontraremos otro día..., a lo mejor.

—¡No!

Iba a salir. Quería darle una explicación..., más o menos lógica. No. No pudo.

Por fin sonó el tan ansiado teléfono.

La voz de Armstrong sonó al otro lado con el aplomo de siempre. Llamó uno a uno a los cuatro responsables de la caja.

A las cinco menos tres minutos pudo saber la combinación para el lunes: «Fin de semana incierto».

¡Y tan incierto! Tenía que hacer muchas cosas y sobre todo llegar al Banco.

Sólo le quedaban tres minutos.

Salió casi volando del auto y echó a correr. Tenía que llegar al Banco por lo menos antes de que cerraran. Aquello constituía un fallo parcial, pero subsanable.

En la esquina el semáforo estaba en rojo. Varias personas esperaban para cruzar pero Jud no tenía tiempo de hacerlo. Empujó, apartó a la gente, sorteó los coches y se escuchó más de un frenazo seguido de alguna imprecación.

Al otro lado casi derriba a una mujer. ¡Oh! Era Lorna... Sintiéndolo en el alma fingió no reconocerla, pero estaba seguro de que ella sí le había visto.

Sí, Lorna le había visto. Le vio incluso meterse en el banco.

Se encogió de hombros. Jud imaginaba lo que Lorna pensaría:

«Se ha vuelto loco».

Porque sólo un loco podía despreciar a una mujer como Lorna, una mujer por la que Jud verdaderamente habría perdido la cabeza.

Pero primero estaba lo «otro» que era como una especie de deber.

Cruzó el *hall* del Banco un minuto antes del cierre.

Jadeante se plantó ante la ventanilla.

—Es muy tarde, señor...

—Sí, lo sé... Ese condenado tráfico...

—¿Un reintegro?

Jud llenaba ya el talón.

—Sí, necesito dinero para el fin de semana.

El segundero del reloj corría veloz hasta completar el minuto. A las cinco el Banco cerraba.

Jud entregó el talón al cajero que enseguida pagó su importe. Seiscientos dólares.

—Gracias.

Casi no quedaba nadie. Y esto era una complicación porque el

plan principal consistía en quedarse dentro del Banco. Un cuarto de hora antes hubiera podido pasar desapercibido, pero en aquellos momentos parecía que todos los ojos estaban pendientes de él.

¡Las cinco!

El pagador antes de cerrar preguntó:

—¿Busca a alguien?

—Sí. Tengo que hablar con el director.

—Está en su despacho.

—Sí, sí, gracias —replicó Jud.

No era la primera vez que Jud quería hablar con Harry Masson y como le conocían a nadie podía extrañar.

Jud subió a pie la escalera.

Fue directamente al despacho de Harry en el momento en que salía su secretario.

¡Le estaba viendo demasiada gente!

Bien... Eso importaba poco.

Harry se sorprendió:

—¿Tú? Quedamos en que...

Jud pasó y cerró la puerta:

—Sí, lo sé... Pero Armstrong ha llamado demasiado tarde...

—Sí, es verdad... Esto empieza a salir mal.

—No empieces a encontrar reparos...

—Pero te han visto entrar...

—Sí, lo sé... Sólo tienes que quedarte un poco más para salir. Si alguien preguntara, que lo dudo, puedes decir que saliste conmigo.

—Pero el portero...

—Hay otra puerta, ¿no? Pues con decir que he salido por la otra puerta..., y que tú mismo me has abierto...

—Esto se complica...

—Deja de hacer cábalas, Harry. Todo va perfectamente.

—Pero ¿y la chica?

Jud sacó de su bolsillo el diminuto magnetofón. Lo colocó sobre la mesa. Volvió atrás la cinta y la voz de Armstrong sonó de nuevo.

—¿Qué te parece? —preguntó Jud.

—Perfecto, pero no has contestado a mi pregunta.

Jud había vuelto a recobrar su compostura habitual. Estaba tranquilo:

—No te preocupes.

—Tú tenías que entregarle la cinta. ¿Cómo piensas abrir la caja si no le das la cinta con la combinación?

—Sólo tienes que hacer una cosa. ¿Conoces el coche que he alquilado para estos días?

—No.

—Está aparcado dos manzanas hacia el norte. Es gris...

Describió el coche y el número de la matrícula.

—¿Qué tengo que hacer?

—Métete en él. Aquí están las llaves. Dejas todo bajo el asiento delantero. No en el del volante sino en el otro. ¿De acuerdo?

—¿Y la chica?

—Yo la llamaré. ¿Cuál es el teléfono que tiene línea Erecta?

Harry señaló uno de color blanco.

—Bien. ¿Y el listín? Ella está en el bar Francis.

Harry le dio el listín. Jud buscó el número y lo retuvo en la memoria.

—Bien —añadió—. Ahora sales del Banco y haces exactamente lo que te he dicho. En cuanto las llaves y la cinta estén en el coche llamas por teléfono aquí...

—Pero el portero...

—Llamas un par de veces y cuelgas. Luego, al cabo de un minuto vuelves a hacerlo y así sabré que eres tú. Esto será la señal de que has dejado las cosas. De este modo podré avisar a la chica para que las recoja.

—Bien —murmuró Harry, que no parecía disfrutar de la misma seguridad que Jud.

Vaciló unos instantes.

—¡Vamos, hombre! Lo peor ya ha pasado. —Y Jud sacó de su cartera de mano un par de botellas de

Coca-Cola

y las dejó sobre la mesa.

—¡Ah! Es verdad... Las llaves de la máquina... Toma. —Las dejó sobre la mesa y añadió—: En fin... Si estás decidido...

—¿No te olvidas de nada? —sonrió Jud.

—¡Es verdad! —replicó Harry nervioso y buscó otra llave que sacó del llavero—. La llave del archivo.

—Un archivo que dentro de unas horas se convertirá en caja fuerte —sonrió Jud cada vez con mayor seguridad.

CAPÍTULO II

Harry llamó diez minutos más tarde. Dos llamadas consecutivas dejando sonar el timbre dos veces cada una.

Jud tomó el teléfono de la línea directa y marcó el número del bar Francis:

—Busco a una señorita. Se llama Lucrecia. Estará pe ahí. ¿Quiere ver si la encuentra?

El que respondió a la llamada dijo que esperara u momento. A través del hilo Jud pudo oír cómo voceaban el nombre de Lucrecia.

Al cabo de un minuto escuchó la voz de la muchacha.

—¿Qué pasa, Jud?

—No te asustes. Todo va bien, pero en vez de venir y tendrás que ir tú.

—¿Adónde?

—A buscar lo que ya sabes...

—¿Seguro que todo va bien?

—Segurísimo...

—Bien. Di.

Jud dio las instrucciones y colgó.

Imaginó a Lucrecia saliendo del bar y dirigiéndose al auto. Entrar en él un poco azorada y tomar por fin el diminuto magnetofón.

Luego siguió imaginándola metida en un cine esperando que oscureciera para empezar su parte.

También el portero esperaría hasta las diez a que entraran los vigilantes nocturnos que se turnaban en la guardia.

Jud salió del despacho del director y caminó hacia el altillo, desde donde se dominaba el amplio salón del Banco.

Podía ver también la máquina expendedora automática de Coca-Cola.

«El portero está en el *hall* —pensó Jud—. Esperaré un poco

más...»

Conocía también la costumbre del portero.

Dejó pasar el tiempo metido en el archivo. Empezó a trabajar.

Sacó de algunos estantes unos cuantos libros de contabilidad atrasados, cartas, papeles perfectamente archivados y polvorientos y lo dejó todo amontonado sobre una mesa.

En los estantes había sitio suficiente para poner el dinero.

«Con los libros y los archivos delante, ¿quién lo va a buscar aquí?».

Por supuesto había elegido un sitio donde era poco menos que imposible que nadie buscara nada, pero para más precaución había traído periódicos. No estaba de más interponerlos entre el dinero y los archivadores.

Consultó el reloj. Casi las ocho...

«Más o menos es la hora en que Peters...», pensó.

Peters era el portero. Jud subió a la planta y observó a través de la rendija de la puerta.

En efecto. Peters dejaba su puesto para ir al lavabo. Jud sonrió. Ahora todo volvía a salir perfectamente.

Salió de su escondrijo y se dirigió a la expendedora de Coca-Cola.

Abrió en un santiamén la puerta y extrajo las dos primeras botellas que cambió por las que llevaba preparadas.

Cuando uno de los guardianes introdujera la moneda la primera botella que saldría sería una de las preparadas. Sí. Todo iba bien.

Cerró y volvió a su escondite. Peters regresó a su puesto.

Faltaban todavía un par de horas...

Las ocho y treinta. Había oscurecido. Por las calles apenas transitaba gente.

Lucrecia se detuvo en la esquina. Más allá destacaba la casa del opulento Armstrong. Rodeada de jardín, con su planta baja y piso. La blancura de las columnas de la marquesina de entrada contrastaba con el encamado de sus ladrillos.

Lucrecia tenía una extraña mirada cuando penetró por el jardín en su parte lateral.

Metida entre las sombras comenzó a desnudarse.

Con lo indispensable y después de haber guardado la ropa entre

los setos se dirigió hacia la entrada de servicio. Llevaba el bolso en la mano.

Verdaderamente ofrecía un espectáculo poco corriente y ciertamente sugestivo.

Sí. Era una buena trampa para el mujeriego banquero.

Se metió en la oscura cocina que pronto dejó de estarlo Adams apareció y sus ojos se agrandaron al contemplar la súbita aparición.

Lucrecia con el bikini interior se pegó a la pared con actitud de terror:

—Por favor... Tengo que llamar... Unos gamberros me han... dejado así...

Adams la miró de arriba abajo y de abajo arriba y su boca se torció en una mueca que quería ser una sonrisa.

—¡Oh, señorita! Su situación es verdaderamente apurada...

—No se quede ahí, por favor... Dígame dónde está el teléfono.

—Un momento. Yo soy sólo el criado. Avisaré a mi señor...

—Oiga... Yo no he venido a exhibirme...

Adams pensó que aquello podía ser un buen servicio que su amo sabría gratificárselo.

Las nueve de la noche...

Sentado en la penumbra, Jud leía atentamente una de sus novelas.

Para sí comentaba lo que le parecía mal:

—Hum... Este párrafo debí corregirlo. Bueno... Supongo que no tiene importancia...

Así estaba de tranquilo. Convencido de que todo saldría bien. Quedaba tiempo.

En casa de Armstrong, Lucrecia se cubría con una bata que parecía hecha a su medida. Estaba en el salón ante su anfitrión. Armstrong parecía muy satisfecho.

—¿Preparo la cena, señor?

—Desde luego, Adams, la señorita me ha contado que ha perdido su último autobús por culpa de esos gamberros... ¡Oh! ¡Esas cosas no deberían ocurrir en un país como el nuestro!

—Ha sido media hora terrible, créame, escondiéndome en todas partes... Tendré que llamar a mi familia para que no me eche de menos... Mi primera intención era llamar a la policía...

—No, no... Esto sería un escándalo, ya sabe, reporteros, su foto en los periódicos, je... Usted sería la más perjudicada.

—Tiene usted razón. No me gustaría que la gente bromeara a mi costa... Pero no quisiera importunarle.

—En modo alguno. A decir verdad me encuentro muy solo... Adams, prepara dos combinados.

—Pero si ya he tomado uno...

—Necesita un estimulante, querida señorita. Ha pasado usted por un *shock*...

Todo iba bien, hubiese pensado Jud. Armstrong no había querido perderse la ocasión de pasar un fin de semana acompañado.

«Empezará a hacer que beba..., luego aprovechará la situación y...»

Bueno. Lucrecia sabía bien lo que tenía que hacer.

Las diez.

El portero del Banco saluda a los guardas nocturnos. Se despide y les deja dueños absolutos de la vigilancia. No hay peligro. Las puertas no se abren para nadie. ¿Y quién va a intentar forzarlas si dentro sólo encontrarán una cámara acorazada a prueba de bombas?

Jud sonrió para sus adentros y continuó esperando.

—Hoy te toca a ti empezar el turno —dijo uno de los guardianes a su compañero.

—Sí, sí... Puedes echarte, pero primero hagamos la ronda.

Tenían que pasar por todos los relojes de control. Marcar la ficha y volver al punto de partida. En cada control tenían que marcar a una hora determinada.

El único sitio donde no había reloj era el archivo. La razón resultaba simple. Estaba siempre cerrado y no tenía salida. Los puntos claves eran la puerta del callejón, los despachos, la enrejada puerta de la azotea y los pasillos de la caja fuerte y compartimientos de alquiler.

La ronda duró cincuenta minutos. Luego uno de los guardianes se sentó en una de las confortables butacas del despacho del cajero y a los pocos minutos dormía como un tronco.

El otro se dirigió a la máquina expendedora de refrescos. Introdujo una moneda y enseguida salió la botella de

Coca-Cola.

La tomó en varios tragos. Pareció quedar satisfecho y consultó su reloj. Dentro de diez minutos debía de hacer una segunda ronda.

Pero no llegó a hacerla...

Sentíase pesado, soñoliento.

—Brrr —gruñó—. Tendré que despertar a...

Bostezó. Era difícil contener el sueño. Siempre lo es...

—¡Eh! —llamó a su compañero.

—Pero si acabo de echarme... No me digas que ya es mi turno.

—Hazme un favor, Pitt. Haz tú la primera guardia. Me caigo de sueño.

—¡Y yo! Llevo dos días seguidos sin dormir. Mi suegra está enferma y mi mujer se pasa el día con ella. ¡Maldita sea! Tengo que hacer yo todo el trabajo.

Su compañero casi no le escuchaba. Se le cerraban los párpados.

—¡Y éste como una marmota! —exclamó—. Está bien, está bien... Haré tu turno pero ni un minuto más.

Bostezó. Su sueño no era provocado. Era real.

Recorrió el amplio salón en la penumbra por las luces tenues que lo alumbraban, luces especiales.

Masculló algo entre dientes al comprobar la hora.

Jud metido en el altillo le observaba atentamente.

Sonrió al verle dirigirse a la expendedora automática. Amplió su sonrisa al ver cómo introducía la moneda y surgía la segunda botella.

Su sonrisa se hubiese vuelto en franca carcajada al ver cómo el hombre tragaba la

Coca-Cola

mezclada con narcótico, pero guardó silencio. Ahora todo estaba a punto...

CAPÍTULO III

Las once y veintidós minutos.

Los dos guardas roncaban de concurso. Jud era el dueño absoluto del Banco.

Se encaminó hacia el pequeño saloncito de la cámara. Sólo tenía que esperar.

A la misma hora el banquero Armstrong estaba seguro de que Lucrecia era fruta madura.

La muchacha había bebido por lo menos cuatro combinados, luego la cena fue rociada con abundante vino.

Armstrong sonreía al contemplarla.

—Oh... Creo..., creo que debo tomarme un café bien cargado. No estoy acostumbrada a beber tanto.

—Después... Ahora permítame que le muestre mi solitario palacio... Vivo muy solo. Ya se lo he dicho. La casa me ahoga... Esta noche ha sido especial para mí. Usted ha alegrado estas tristes paredes...

Adams escuchaba. Armstrong soltaba el rollo acostumbrado cuando estaba ante muchachas que parecían de buena familia.

—Por favor... Quisiera ir a... al lavabo.

—¡Oh, sí...! Deme la mano, princesa, y la conduciré.

Subieron la escalera. Lucrecia tropezó un par de veces. Armstrong la recostó contra sí. ¡Una chica como aquélla no se encontraba todos los días!

Eso es lo que quizá pensaba Adams. Envidiaba un poco a su amo.

Lucrecia se encontró en la habitación del banquero que le indicaba la puerta de su baño particular.

—Por favor —pidió ella—, ¿puede servirme el café?

—¡Claro! Yo mismo lo traeré. No se preocupe.

Ella se metió en el cuarto de baño y se apoyó en la puerta.

Cuando oyó que se cerraba la de la habitación salió rápidamente.

Trató de orientarse. Enseguida vio el mueble y el cuadro. Apartó este último y, sacando de su bolso el magnetófono, lo aplicó al micro.

La voz de Armstrong obró lo que parecía un prodigio.

La puerta de la caja particular del banquero se abrió lentamente.

Lucrecia vio el reloj que le había indicado Jud. Buscó el pulsador que hacía girar la aguja. Consultó su propio reloj. Once veintiocho.

Colocó la aguja a las once veintiocho y corrió hacia la puerta. La entreabrió.

Armstrong estaba subiendo con una bandeja de plata en las manos.

Corrió de nuevo a la caja y aplicó el diminuto magnetófono. De nuevo la voz de Armstrong sonó para dar la contraseña de la puerta de la cámara acorazada.

Los pasos del banquero sonaban ya cerca de la puerta.

Lucrecia sólo tenía el tiempo justo de cerrar la caja y poner el cuadro en su sitio.

Lo hizo.

Armstrong abrió la puerta. Ella inició una sonrisa.

Jud sonrió al ver que la puerta de la cámara comenzaba a ceder.

«Lucrecia vale en oro lo que pesa», pensó.

Traspuso el umbral de aquella especie de santuario donde se rendía culto al dinero.

Empezó a llenar el saco de lona tranquilamente.

Lucrecia tomó su café bajo la atenta mirada del lascivo banquero.

—¿Algo más, princesa?

—No debe usted llamarme así...

—¿Por qué no?

—Bueno... Yo no soy princesa... Además estamos solos... No sé. Es una situación extraña.

—¡Oh! Yo diría más bien inesperada. ¡Adoro lo inesperado!

Y se acercó. Lentamente bajo su elegancia de modales, dentro de su pose de falso caballero, Armstrong iba despojándose de toda máscara.

Ella retrocedió tímida.

—Considera tuyo todo cuanto te rodea...

—Por favor... Un poco más de café.

—¡Oh, no! Yo diría más bien, champaña.

—Ya he bebido demasiado.

—Nunca se bebe demasiado champaña.

—Está bien... —Era la única forma de alejarle y ella necesitaba estar sola para volver la aguja a su sitio.

Forzó una sonrisa.

—Tomaré una copa —añadió.

Armstrong parecía muy satisfecho. Sólo que aquella vez lo solicitó a través del teléfono interior.

—Adams, champaña frío —ordenó.

—Tiene... una habitación muy bonita —dijo ella.

—¡Y llena de secretos!

Armstrong hizo una demostración de su afición al automatismo.

Pulsando un botón se abría un entrepaño que dejaba al descubierto un jardín artificial.

Otro botón servía para que una fuente situada en el mismo jardín dejara escapar verticalmente un chorro de agua.

Otro botón cambiaba las luces dando al ambiente intimidad y perfume... Sí, un perfume a flores exóticas.

Con otro botón se abría un armario donde el banquero guardaba un guardarropa propio de un actor cinematográfico y otro..., con prendas femeninas.

—Creo que encontrará un vestido de su talla, pero..., esto mañana. ¿Verdad, pequeña?

Adams llamó a la puerta.

—Si quisiera —murmuró Armstrong— mi criado no podría entrar. Esta puerta tiene cerrojo electrónico...

—Pero usted no cerrará, ¿verdad?

—No. Sólo encierro a las niñas malas...

Lucrecia no sabía cómo ahuyentar al banquero. Jud le había recomendado especialmente volver el minuterero a su sitio primitivo.

Jud subía con su preciosa carga. Los estantes de la caja fuerte, los cajones metálicos, todo estaba completamente vacío.

A «*grosso modo*» calculó la suma en bastante más de dos

millones de dólares.

Sin prisa bajó por la otra escalera hasta el cuarto archivo. Allí lentamente colocó los fajos de billetes en los estantes.

Arriba podían oírse los ronquidos de los guardianes. Jud consultó el reloj. Todo iba saliendo perfectamente.

Lucrecia tuvo que brindar con champaña.

—¿Me dejará poner uno de estos vestidos? —inquirió.

—Mañana.

—¡Oh! Prefiero ahora.

—Es hora de irse a dormir... ¿No le parece?

—¿Dónde?

Armstrong sonrió con malicia.

—Excúseme —manifestó.

Y ella le vio meterse en el cuarto de baño.

¿Tendría tiempo de volver a abrir la caja?

De repente tuvo una idea... ¡Los controles electrónicos!

El banquero había dicho que las puertas se cerraban de forma hermética. Fue hasta el cuadro de timbres. Los pulsó todos. Sin ruido funcionaron los distintos resortes. El entrepaño, las luces, la música...

Comprobó la puerta de la habitación. Estaba cerrada. Pero..., ¿y la del cuarto de baño?

Esperó.

La voz de Armstrong sonó al otro lado:

—¿Qué ha hecho usted, princesa? Esto no está bien. Pulse el botón.

—¡Oh, perdone...! Sentía curiosidad y...

—Es el tercero de la izquierda.

—Un momento que lo busco.

Aprovechó la ocasión. Estiró el cuadro y procedió a abrir la caja sin dejar de hablar con Armstrong:

—Soy muy torpe. Ahora no lo encuentro.

—Empiece por el principio. Es muy fácil.

—Sí, tiene razón... Pero estoy tan mareada...

Había conseguido abrir la caja.

Sus dedos ágiles corrieron la aguja. Lucrecia lanzó un suspiro. No por ello dejó de hablar.

Jud proseguía parsimoniosamente su tarea.

Terminó de colocar los libros.

—¡Aquí no ha pasado nada! —exclamó para sí.

Salió del archivo, cerró cuidadosamente. Subió a la planta y se acercó al diván de la sala principal. Allí roncaba uno de los guardianes.

Comprobó que su compañero seguía durmiendo igualmente en el despacho del cajero.

Era el momento de largarse. Tenía un duplicado de la llave de la puerta de entrada. Se dirigió al *hall*. Miró a través de las rejas de la puerta. Fuera todo estaba desierto.

Introdujo la llave en la cerradura, dio la vuelta y salió volviendo a cerrar.

Nadie le había visto.

Se encaminó a paso normal hacia el coche alquilado, que seguía en el mismo sitio.

En cinco minutos estuvo en un aparcamiento de las afueras. Ahí tenía su propio coche: un «Dodge».

Con su propio vehículo buscó la carretera N.º 24 del Estado y pisó a fondo el acelerador.

CAPÍTULO IV

Eran las diez de la mañana cuando Frank Skinner detuvo su coche cerca del refugio de montaña. Saltó del auto y se encaminó hacia la puerta:

—¡Eh, Jud! ¡Ya estoy aquí!

Jud surgió del sendero del río.

—¡Vaya unas horas de llegar! —Venía con unas cuantas truchas recién pescadas—. Tú lo que querías es que yo te procurara el almuerzo.

—Buena pesca —exclamó el policía—. Tengo que tomarme la revancha.

—¡Haber venido antes!

—¡No es culpa mía! Ya sabes que mi guardia no terminaba hasta las ocho y luego al capitán le ha dado por soltarnos un discurso. Todavía no he pegado un ojo.

—Pues échate. Te conviene descansar.

—No es la primera vez que me paso la noche en vela. Puedo resistir. —Y el policía comenzó a preparar sus aparejos—. Supongo me habrás dejado alguna trucha.

—Las tengo amaestradas.

—¿A qué hora llegaste anoche?

—No sé, no me fijé... ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Te llamé a eso de las cinco.

—A eso hora estaba en el Banco. Por poco me cierran. Tenía que retirar dinero...

—¿Para qué necesitas el dinero aquí?

—Todo no se reduce a pescar, amigo Frank... Tengo planes para mañana noche.

—¿Aquí?

—Mañana estaré en Nueva York. Por la noche, claro. Si quieres te invito.

- Sabes bien que estoy de servicio.
- Tengo que hablar con un editor...
- ¿En domingo?
- Y en un club nocturno...
- ¡Qué vida! ¿Eh?
- Pago mis impuestos.
- Anda. Vamos.

Y los dos amigos se dirigieron hacia el cercano río en cuyas riberas tiraron sus respectivos sedales.

Buena coartada para Jud... Coartada que no necesitaría, por lo menos según sus planes.

Frank Skinner acompañó a Jud hasta la estación Central.

—Prefiero ir en tren. Es más cómodo. Llegaré a las once. La mejor hora.

—¡Que te diviertas!

—Gracias. Y tú que tengas un buen servicio.

—Por ahora todo está tranquilo en el distrito.

Jud subió al tren. Tomó un departamento reservado y el policía aún pudo verle cuando el tren se alejó.

Lo que no vio el teniente es que en el departamento estaba también Lucrecia.

—¿Cómo fue todo? —preguntó Jud.

—Bien. —Había cierta sequedad en la voz de la muchacha—. ¿Sólo... bien?

—No fue fácil librarse de Armstrong...

—Bueno. Era un riesgo. Pero te libraste.

—¿Te preocupa mucho?

—Lucrecia... Me ayudaste mucho. El martes te daré e dinero. O mejor el miércoles.

—Eso es lo de menos.

—Bueno... No te pido que me cuentes lo que pasó. Per; me gustaría verte sonreír.

Hubo un silencio. Al fin ella comenzó a reír.

El la imitó. Parecían dos colegiales en vacaciones.

—Sí, Jud... Tú lo planeaste perfectamente y salió conforme a tus deseos. Pude librarme de Armstrong. Fingí no encontrarme bien... Bueno, ahora ya no importa. A la una estaba de vuelta en mi casa.

—Supongo que no hay posibilidad de que sospeche.

—¿Sospechar? ¡Claro que no!

—Eres un cielo, Lucrecia.

—¡Oh! No me llames así... Ya no soy Lucrecia.

—Es verdad... Pero me cuesta.

—Mi nombre es Ada. ¿Lo sabes, no? Ada Rogers. Así me conocen donde vivo. Lucrecia ha muerto para siempre.

—A propósito... ¿Recuperaste la ropa?

—Claro.

—Lo importante es que no haya la menor prueba.

—No la hay, quédate tranquilo. Has salido con la tuya, pero por poco ahora meto la pata... No me dijiste que vendrías con Frank. Me asomé y le vi y tuve un sobresalto.

—Bien, ¿y qué hay de malo?

—Pero tú dijiste...

—Sí, sí... Has hecho bien —replicó él—. Y ahora no pensemos más en esto.

El tren proseguía su marcha veloz hacia Nueva York.

Era bien cierto que también para aquella noche Jud tenía una coartada. Pues en un club nocturno le esperaba un editor. Luego pasaría el resto de la noche en un hotel y el lunes lo dedicaría a Lucrecia.

Se enteraría de lo ocurrido en Buffalo por los periódicos de Nueva York.

Sí. Los periódicos traían la noticia.

Nada debía sorprender a Jud puesto que él era uno de las tres únicas personas que conocían todos los detalles.

Todos excepto uno. En la noticia se incluía algo que no estaba previsto. Algo absurdo. Increíble.

¡Los dos guardias nocturnos habían sido asesinados!

CAPÍTULO V

—¡Yo los dejé vivos! —exclamó Jud.

—¿Estás seguro? —preguntó Lucrecia.

—¡Claro que estoy seguro! Dormían a pierna suelta... Además, el narcótico no podía hacerles ningún daño. Yo probé unas dosis igual.

Ella tragó saliva:

—Esto no podía salir bien...

—¡Tenía que salir bien! Pero no es difícil saber quién es el culpable.

Lucrecia agrandó sus ojos ingenuos:

—Yo no...

—No, nenita... Esto sólo puede ser obra de una persona: Harry Masson.

—¿Qué vas a hacer?

—Regreso a Buffalo ahora mismo. Tú puedes volver a tu casa. Haremos el viaje por separado. Voy a echar una parrafada con Harry. Si piensa aprovecharse de las circunstancias le meteré en vereda.

—Ten cuidado, Jud.

—No te preocupes, Lucrecia. Y ocurra lo que ocurra nunca te mezclaré en esto.

La besó discretamente y salió del café en dirección al hotel. Recogió su breve equipaje y en un taxi sé hizo conducir a la estación. Tomó el primer tren.

Harry había pasado toda la mañana contestando a las preguntas de los policías, a las intemperancias de Armstrong y a las llamadas telefónicas.

Jud se coló en su despacho.

El capitán y su amigo el teniente Skinner se estaban despidiendo.

—Señor Armstrong —decía en aquel instante el capitán—,

tendrá que hacer una declaración completa sobre el funcionamiento de la cámara.

—Ya les he explicado todo. Ningún fallo es posible. Además, mi reloj está tal como lo dejé...

—Sin embargo, usted es el único que en casos de emergencia puede abrir la caja...

—¿Es que trata de acusarme a mí? ¿Cree que he robado mi propio Banco?

—Cálmese, por favor —pidió el capitán—. Sólo tratamos de obtener el mayor número posible de datos.

—¡Mi Banco asaltado! No puedo creerlo. Esto es un descrédito. ¿No lo comprende?

—En estos momentos al parecer todo es inexplicable, pero llegaremos al final, señor Armstrong. Vayamos a un sitio donde podamos hablar...

—En la sala de juntas.

Frank al cruzarse con Jud le miró unos instantes.

—Eso parece una de tus novelas —dijo con voz queda.

—No... No es una de mis novelas —replicó Jud gravemente.

—¿Te quedas?

—Sí. Tengo que hablar con Harry.

—Bien...

—¿Nos veremos luego?

—No lo sé —replicó el policía—. Temo que hoy va a ser un día muy agitado.

Frank se alejó y Jud cerró la puerta. Durante unos instantes quedó escuchando hasta oír los pasos que se alejaban, luego se encaró con el director del Banco:

—Te has pasado de la raya, Harry.

El director del Banco se puso en pie. En su rostro había una mirada feroz:

—¿Y todavía tienes el valor de presentarte?

—¿El valor? Yo dejé a esos tipos durmiendo...

—Con dos balazos en la cabeza.

—Seguro que tú sabrás quién los agujereó, Harry...

—No, Jud. No lo sé. Ni sé dónde está el dinero...

—Pero...

—No. No está en el cuarto de los archivos.

—Harry, no estoy para chirigotas... Esto sólo lo sabíamos tú y yo...

—Y la chica...

—La chica estaba con Armstrong, y Armstrong no sabe nada. Sólo quedamos tú y yo... ¿Me entiendes, Harry?

—Yo no he sido, Jud, y puestas las cosas de este modo... Tengo perfecto derecho a sospechar de ti.

—Harry..., alguien está mintiendo y te aseguro que no soy yo.

El banquero apretó los dientes, iba a decir algo pero se dejó caer:

—Ya no sé qué pensar, Jud... Lo primero que hice al enterarme fue bajar al archivo... Suponía que no encontraría nada Pensé que tú...

—Pero ¿cómo pudiste...?

—Tú bien lo pensaste de mí —le atajó Harry.

Se miraron largamente. Jud se preguntó: «¿Está diciendo la verdad o es un perfecto comediante?».

La redacción del Tribune estaba en plena ebullición. Ben Graham permanecía a la escucha de cualquier información de última hora.

Cuando Jud pudo abrirse paso hasta su jaula de cristal, el redactor jefe acababa de colgar el teléfono después de sostener una conversación telefónica con el teniente Skinner.

—Nada. Misterio impenetrable —masculló mientras recorría con la mirada el material que tenía encima de la mesa—. ¿Tienes un minuto?

El periodista levantó la mirada hacia el recién llegado:

—Ni un segundo, Jud. Habla mientras trabajo...

Entraban y salían de continuo. Ofrecían muestras de cabeceras para la edición extraordinaria de aquella noche.

—De momento la dejaremos en suspenso. No hay edición. No podemos contar nada nuevo a los lectores.

Era imposible hablar en aquellas circunstancias. Jud, sin embargo, lo intentó:

—Ben... Es respecto a la carta que te entregué.

—Sí, Jud... ¿Qué ocurre?

De pronto el periodista hizo un alto en su trabajo. Como si una bombilla se hubiese encendido de pronto en su mente, volvió su

mirada hacia Jud y le miró fijamente.

—No la publiques, Ben. Sigue guardándola, pero no la publiques, ni la abras... Hazme ese favor.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Jud? —increpó el periodista sin dejar de mirar a su amigo.

—No sé lo que estás pensando, pero te ruego que hagas lo que te pido.

—Jud... Salgamos un momento. Hay un bar en la esquina. Hablaremos tranquilamente.

Jud pensó que su amigo empezaba a adivinar la relación de aquella carta con lo acaecido en el Banco.

Estaban a solas en una de las mesas del fondo.

El silencio entre ambos resultaba hartamente embarazoso.

—Sabes que puedes confiar en mí, Jud.

—Si no lo supiera no te habría entregado la carta.

—Entonces..., ¿hay algo relacionado con lo del Banco?

—No puedo decirte nada... Excepto que sigas guardando la carta.

—Ésa no es forma de confiar en un amigo.

—No más preguntas, Ben.

La sagacidad del periodista se había puesto de manifiesto una vez más.

La carta misteriosa, iterada, el ruego de no publicarla hasta el martes, el atraco de por medio...

—Éste es un asunto muy grave, Jud —manifestó Ben después de tomar un sorbo de cerveza.

—No sé lo que estás pensando, pero yo no he matado a nadie. No soy un asesino. Supongo que esto lo crees.

—Está bien, Jud. Guardaré esa carta. Te interesa mucho por lo que veo...

Sí que le interesaba a Jud. En caso de que las cosas se complicaran en aquella nota había una confesión de lo que se proponía hacer y nadie declara con antelación que va a cometer un crimen, a menos de estar loco. Ignoraba si —llegado el caso— aquella carta confiada al periodista podía actuar como prueba a su favor o en su contra. En cualquier caso y por el momento era de todo punto imprescindible que no viera la luz pública.

Más tarde, a solas en su apartamento Jud meditaba la situación.

Ante todo se imponía investigar. Investigar a la sombra de la policía, antes de que Harry por nerviosismo confesara.

¡Harry!

Le obsesionaba la idea de que sólo podía haber sido él el único culpable.

A menos que...

CAPÍTULO VI

Los Masson no habían cenado.

Hellen Masson atendió personalmente a Jud aquella misma noche:

—Mi marido está muy abatido, señor Cregan. No ha querido comer nada. No sé si llamar al médico.

—A pesar de todo me gustaría poder hablar con él.

—Le llamaré. Desde que ha regresado que está encerrado en su despacho. ¿Quiere tomar algo entretanto?

—No, muchas gracias, señora Masson.

Con su porte majestuoso, aquella indudable presencia de ánimo y una serenidad a prueba de momentos difíciles, Hellen Masson caminó segura hacia el despacho de su marido.

Jud paseó nervioso por el amplio y acogedor salón de la casa, hasta que regresó la mujer:

—Pase, señor Cregan. Mi marido le recibirá.

—Gracias.

Le acompañó hasta la entrada del despacho y luego ella misma cerró la puerta dejándoles solos.

Harry estaba al otro lado de la mesa con la cabeza entre las manos. Alzó la mirada para ver a su amigo:

—Sabía que esto no podía terminar bien. Lo sabía, Jud... Fui un estúpido dejándome convencer... Cada vez me doy más cuenta de que era un juego demasiado peligroso... Ni yo mismo sé cómo llegué a dar mi consentimiento.

Jud le observó unos instantes antes de tomar asiento en uno de los sillones próximos al escritorio.

—Harry... —empezó—. Lo he estado pensando. Por más vueltas que le doy sólo encuentro dos hipotéticas soluciones.

El banquero le miró un instante sin gran interés. Jud continuó:

—Una de las posibles soluciones es que alguien más supiera lo

nuestro y aprovechara las circunstancias.

—Yo no hablé con nadie —replicó Harry.

—¿Ni siquiera con tu esposa?

—Ni siquiera con... Pero ¿qué tratas de insinuar...?

—Harry, estamos en lo mismo. Alguien tuvo que ser. Yo, no.

—¡Ni yo!

—Calma, Harry. No levantes la voz. Esto es algo que debemos resolver entre tú y yo... Bueno, yo llevaré el peso principal, pero tengo que investigar antes de que algún cabo suelto pueda acusarme.

—Dijiste que todo era perfecto...

—Y así fue hasta que salí del Banco, Harry... ¡Espera!

¿Ha dicho la policía en qué hora aproximadamente hallaron la muerte los vigilantes?

—Sí. Entre una y media y dos y media de la madrugada del sábado.

—Una y media y dos y media... —replicó pensativamente Jud—. Yo puedo reducir ese margen de tiempo en media hora.

—¿A qué hora saliste?

—A las dos estaba en la calle, por lo tanto el asesino tuvo que entrar después que yo me marchara. Se me ocurre una idea... —Se levantó e hizo intención de tomar el teléfono.

—¿A quién vas a llamar?

—A Lucrecia. La chica que mandé a casa de Armstrong.

—¿Desde aquí?

—¿Temes que...? Bueno... Puedo ir personalmente, quizá sea mejor.

—Antes dijiste que tenías un par de soluciones. ¿Dónde está la otra?

—Harry..., cuando un secreto lo llevan entre dos sólo uno puede ser sospechoso de haberlo violado.

—Pues estamos en el mismo caso, Jud —replicó agriamente el banquero.

Una vez más Jud tuvo que admitir que Harry parecía realmente inocente.

Le quedaba solo la otra hipótesis.

En cuarenta minutos se presentó en casa de Lucrecia. Había luz.

Bajó del coche —utilizó nuevamente el de alquiler— y se dirigió

hacia la puerta.

Lucrecia apareció en contestación a su llamada:

—¡Jud! No te esperaba.

—Tengo que aclarar lo sucedido antes de que sea demasiado tarde.

—¿Estás en peligro?

—Todavía no. Pero algo fuera de lo previsto ha ocurrido, algo que no alcanzo a comprender. A partir de aquí todo puede ser posible...

—¿Qué puedo hacer yo?

—Primero dime a qué hora te marchaste de casa de Armstrong.

—Pues..., a las dos y media aproximadamente. Me costó bastante deshacerme de él... Ya te lo dije.

—¿Y él estuvo contigo durante todo el rato?

—Pues sí...

Jud hizo un gesto de contrariedad:

—¿Qué te ocurre? ¿Sospechas del propio Armstrong?

—Pudo haberte visto...

—Me habría denunciado... ¿No pensarás que sea capaz de robar su propio Banco?

—¿Por qué no? No sería el primero —replicó Jud con escepticismo.

—Pero es absurdo...

—Dos millones y pico de dólares que pagará la compañía de Seguros. El no pierde nada.

—Dijiste que tenía mucho dinero.

—Y mucha ambición.

—No sé... Yo no entiendo mucho de esas cosas, Jud, pero..., me parece que no puede ser. Estoy segura de que no me vio ni sospechó absolutamente nada. Me habría hecho preguntas. Es lógico, ¿no? Hubiera querido enterarse de cómo conseguí abrir su caja, de los medios...

—Sí. Ya he pensado en esto... Pero alguien tuvo que ser y sólo Harry, tú y yo sabíamos la trama de todo.

—¿Estás completamente seguro de Harry?

—No estoy seguro de nada, Lucrecia... Ni siquiera de ti.

—¡Jud! —exclamó ella arqueando las cejas.

—Perdona, pero la única cosa que sé cierta es que en el

momento de abandonar el Banco los hombres vivían y hasta entonces todo salió perfectamente. Mi plan sólo podía fallar si alguien se iba de la lengua.

—Como comprenderás yo no he hablado con nadie.

—Sí... Ni Harry tampoco. —Y quedó sumido en un profundo silencio, con las manos entre la cabeza, tratando de encontrar una luz en aquel cerrado misterio.

—¿Por qué no pides ayuda a Frank? —preguntó ella suavemente.

—¿Estás loca? Ha habido un doble asesinato, aunque Frank quisiera creerme, hay otros por encima de él. Bastaría que me confesara autor del supuesto robo para que por añadidura me cargaran los muertos. Además..., tendría que meteros a ti y a Harry.

—Sí, claro... No es lógico que te atribuyas toda la culpa. Pienso que no debí ayudarte. Me daba miedo...

—Tengo que descubrir la verdad. Yo lo planeé todo... He de encontrar el fallo, el cabo suelto que me lleve hasta lo que busco.

—Jud... —murmuró ella al cabo de otro silencio—. No quiero que me des nada por lo que hice. Sería como aceptar dinero manchado.

Jud se despidió de la muchacha sin añadir palabra. Tomó el coche y lo llevó a través de la calle principal.

Se detuvo ante un bar. Necesitaba un buen trago.

Se sentó en el taburete de la barra y pidió un *whisky* doble.

Un tipo leía un periódico de la tarde.

—He leído muchos atracos originales, pero como éste ninguno —comentó el sujeto con el barman.

—Sí. Ya he oído los comentarios de la «tele». La «poli» anda despistada. Nadie sabe nada —replicó el barman.

—Lo curioso es que la caja tenía un dispositivo de tiempo y se preguntan cómo pudieron abrirla.

—¡Oh, esto ya lo ha puesto en claro la policía!

Jud prestaba disimulada atención al diálogo.

—¿No lo ha oído por la «tele», señor? —Siguió el barman, dirigiéndose ahora a Jud.

—No. No he oído nada —replicó él.

—Ese banquero... ¿Cómo se llama? ¡Armstrong! Tiene un reloj de control en su casa... Sí, sí, lo ha dicho por la «tele». Desde su

propio dormitorio puede abrir la cámara acorazada. Curioso, ¿eh?

—Entonces pudieron obligarle —murmuró el cliente.

—Es lo que ha preguntado insistentemente el locutor, pero Armstrong asegura que pasó la noche solo. Bueno, con cierta dama... —Y sonrió haciendo un guiño.

—Hum.

—Ahora la policía ya tiene trabajo en buscar a la misteriosa dama —sonrió el barman—. Aunque Armstrong dice que no pudo ser ella porque la combinación de la caja fuerte donde tiene instalado el reloj sólo la sabe él y es completamente imposible que nadie pueda abrirla.

«Es perfectamente posible y demostrado», pensó Jud.

El cliente arqueó las cejas.

El barman, dándoselas de erudito y enterado, siguió hablando:

—Según dijo por la «tele», la caja sólo obedece a su voz. ¿Qué le parece? Yo leí algo así en una novela de ciencia-ficción.

—Desde luego los gánsteres cada día se las ingenian para echar por tierra los avances de la ciencia. Ya no hay seguridad en nada —manifestó el cliente.

—¡Oh! Lo que pasa es lo que yo me sé —replicó el barman con aire de suficiencia.

—Algo feo, ¿eh?

—Un fallo. Esto es un fallo en el sistema, pero la compañía quiere taparlo para no desacreditarse.

—Quizá los del Seguro lo pongan en claro. Hay una recompensa de diez mil dólares para quien recupere el dinero. Había dos millones seiscientos mil dólares.

—¡Cualquiera se conforma con menos del cinco por ciento! —exclamó el del bar.

—Sí, pero... Si los cazan...

—¡Qué va! A éstos no los pescan. Es un robo científico. Se presentan a las dos de la madrugada. Disparan sobre los guardianes, abren la puerta del Banco y comienzan a llenar los sacos...

«Así de fácil —pensó Jud—. ¡Con lo que me costó preparar esto!».

Ahora pensaba en los muertos. Ellos no tenían ninguna culpa. Lo que planeó él era limpio. No cabía entrar en disquisiciones sobre si podía considerarse lícito o no. Nadie habría salido perjudicado

materialmente. En cambio quien —o quienes— se aprovecharon de su idea, lo hicieron con la peor intención.

Si pudiera hallar ese cabo suelto...

Mientras pudiera mantenerse al margen, mientras tuviera las manos libres lucharía encarnizadamente para descubrir a los culpables. Entretanto necesitaba reflexionar.

Apuró su *whisky* doble. El otro cliente y el barman seguían discutiendo sobre el «golpe».

¡Poco podían imaginar que el promotor había sido él mismo!

Salió a la calle. Volvería a su estudio, seguiría pensando.

Mecánicamente se dirigió hacia donde había aparcado el auto.

«¡Qué raro!», pensó. Recordaba un «Ford» pequeño color crema, luego otro gris descapotable. Detrás había dejado el suyo... ¡No estaba!

Le habían robado el coche de alquiler.

—¡Maldita sea! —masculló entre dientes.

Si instintivamente pensó en hacer la correspondiente denuncia, lo rechazó de pleno.

¿Habían robado su coche por ser el único que llevaba la llave puesta?

Tras hacerse esa pregunta se formuló la siguiente: ¿No lo habría robado alguien de un modo expreso?

Ya no se fiaba de nadie, tenía que mantenerse a la expectativa. De pronto le pareció que mil ojos ocultos le espiaban entre la oscuridad.

Sí... De ser él quien llevara las riendas del asunto, ahora se sentía como una marioneta, juguete de alguien que le había ganado por la mano.

Regresó en un autobús de línea.

Y en el propio autobús le esperaba otra sorpresa.

CAPÍTULO VII

Una sorpresa bastante más agradable y que momentáneamente le alejó de sus preocupaciones.

La sorpresa se llamaba Lorna:

—El mundo es un pañuelo, ¿eh, Jud?

—¡Oh, Lorna! Es lo más grato que me ha sucedido desde el viernes...

—Pues precisamente el viernes no parecías tan contento de verme...

—Verás, es que...

—No tienes que darme explicaciones, Jud. Estamos en un país libre.

—No, no, te contaré. Ya sé que mi comportamiento pudo parecerte un poco extraño, pero es que mi... coche... mi coche no funcionaba y tenía prisa —mintió él.

Ella corroboró:

—Para llegar al Banco antes de que cerraran.

—¡Ah! ¿Me viste?

—Incluso te estuve esperando, pero cerraron las puertas y no te vi salir.

—¿Estuviste mucho rato? —inquirió suspicazmente Jud.

—No más de cinco minutos. Esperaba el autobús...

—Ah, bueno. Me entretuve un poco.

—Pero el autobús tardó quince minutos —sonrió ella.

¿Qué pretendía Lorna?

Dadas las circunstancias Jud veía sospechosos por todas partes. Reaccionó. No quería comportarse otra vez como un estúpido. Lorna no podía tener nada que ver. Se habría abofeteado a sí mismo por tan estúpidos celos:

—Hablé con el director. Luego salí por otra puerta. No hay ningún misterio.

—Claro que no —sonrió ella—. ¿Por qué habría de haberlo? Además, repito que no me importa. —Y añadió—: Tu coche por lo visto se fastidió.

—Pues sí... Ya ves. Tengo que utilizar el autobús. Pero dejémonos de Bancos y de coches. ¿Qué es de tu vida? Casi un año sin vemos y de repente nos encontramos casualmente dos veces.

—Trabajo en Buffalo. En Connie's.

—¿La casa de modas?

—Sí, paso algunos modelos y poso para revistas de modas.

—La última vez que nos vimos querías conquistar Nueva York.

—Casi lo consigo.

—Creo que no te falta talento ni... «hechuras» —sonrió él.

—Ahí tienes el «casi»... Alguien quería mis «hechuras» para algo más que publicidad.

—Un mundo cruel —replicó él con sarcasmo.

—No soy de las que hacen concesiones. Por eso preferí la tranquilidad de Buffaio. Bueno... Una tranquilidad relativa. Precisamente hoy me he enterado de lo del atraco. ¡Oh! Y precisamente en tu Banco.

—Bueno, hay una salvedad. No es «mí» Banco.

—¡Oh, claro! Tú eres escritor. Es más divertido...

—A veces... —murmuró él que momentáneamente había vuelto a sus aciagos recuerdos.

—¿No van bien las cosas? Profesionalmente quiero decir.

—Sí, Lorna. No puedo quejarme.

—Me pareció verte preocupado.

—Pues..., ¿quién no tiene problemas?

—¡Oh! Creí que tú...

—Nunca me has tomado muy en serio.

—También eras de los que median a las chicas por sus... «hechuras».

—Admiro la belleza, Lorna, pero no soy un calavera, ni me las doy de don Juan.

—Buen chico y formalito, ¿eh? —Ahora el sarcasmo corría a cargo de Lorna.

El bus de línea seguía su marcha regular, ahora ya por la autopista. Buffalo estaba prácticamente a la vista.

—¿Vienes con frecuencia a Kentville? —preguntó él.

—Es la primera vez. Estuve en casa de unos amigos, pasé el fin de semana.

—Un fin de semana largo —sonrió él.

—Sí, los lunes no hay trabajo en la tienda y aprovecho para quedarme. Ése sí que es un lugar tranquilo. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—Si vienes con frecuencia...

—¿A Kentville? No. Pura casualidad. Tenía que ver a... cierta persona. Nada importante. Por cierto, ¿has cenado ya?

—Claro. Son las nueve.

—Yo no. Te habría invitado.

—Muchas gracias.

—¿Otro día?

—Tal vez...

—No seas enigmática y disculpa lo del viernes. Te aseguro que soy libre.

—Lo del viernes está olvidado por completo.

—Bien. Entonces...

—Busca mi número en la guía. 82 Northside.

—No se me olvidará —replicó Jud.

La había acompañado en un taxi, luego él con el mismo vehículo se hizo trasladar a un punto donde había dejado coche que se encaminó para buscarlo.

Más tarde entró en un *snack* automático para tomar una Era cena.

Eran casi las once cuando llegó a su apartamento.

Apenas acababa de quitarse la chaqueta cuando llamaron a la puerta.

Era Frank Skinner. El policía:

—He estado aquí un par de veces...

—Lo siento. Acabo de llegar.

—Lo sé. Estaba en el bar de la esquina. He visto pasar tu coche.

—Bien, pasa...

—Supongo que te extrañará mi visita..., a estas horas.

Jud aparentó la más absoluta serenidad:

—Yo en eso de las horas no hago mucho caso. Sabes que no me

rijo por el horario de los demás.

—Sí, claro...

Frank echó un vistazo general al estudio de su amigo. No era la primera vez que estaba allí, pero jamás había adoptado aquella actitud que Jud intuyó de profesional.

—Bien, suéltalo todo —murmuró mientras se aflojaba la corbata y se dejaba caer en un sillón.

Frank permaneció en pie:

—No es fácil lo que tengo que decirte... Pero he de hacerlo... Supongo que se tratará de una broma que tú podrás desmentir.

Jud dominó su presentimiento.

—No andes con tantos rodeos... —Y añadió, bromeando—: Mientras no se te ocurra acusarme del atraco...

—De eso se trata precisamente.

Jud se quedó quieto, forzó una sonrisa y le miró fijamente:

—¿Llevas una orden de detención contra mí?

—¡Oh, bien sabes que no! No vendría solo. Esto es..., digamos extra oficial. Sabes que cuando ocurren hechos como el del atraco, recibimos abundantes llamadas anónimas. Unos se acusan, otros delatan...

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Alguien te ha delatado a ti.

—¿Y tú lo has creído?

Frank sonrió:

—Yo he tomado el recado. Lo curioso es que preguntaron por mí. Como si tuvieran un especial interés que fuera yo quien investigara... Hasta diría que la persona que llamó conoce nuestra amistad.

—¿Hombre o mujer?

—¿Tiene mucha importancia esto? —preguntó sagazmente Frank.

—Bueno, me precio de no tener enemigos, pero si es una mujer, ya sabes... ¡O te pescan para marido o miran de fastidiarte!

—No sé... No sé si era hombre o mujer. Su voz sonaba desfigurada, como si temiera ser reconocido.

—¿Y qué fue lo que dijo?

—Pues que tú eras el culpable. Que habías planeado concienzudamente el golpe para demostrar que existe el atraco

perfecto. Muy propio de un novelista, ¿no?

—¿Tú qué crees?

—Yo no creo nada, Jud —replicó Frank gravemente. Había dejado el tono ambiguo empleado para exponer los hechos. Seguía en pie. Seguía mirando fijamente a su amigo, y añadió—: ¿Puedes justificar dónde estabas entre la una y media y las dos y media de la madrugada?

—¿Me lo preguntas tú, Frank, o la voz telefónica?

—La voz... Supongamos que es la voz.

—Supongamos pues... Porque si la pregunta partiera de ti, te contestaría que no puedo justificarlo. Y tú sabes por qué...

—Sí, sí. Estabas solo en el refugio. Esto lo sé y precisamente por ello me ha inquietado más.

—¿Por qué?

—Pues porque si la llamada se repite y se pone el capitán querrá hacerte preguntas y no podrás justificar dónde estuviste.

—No me lías, Frank. Ya tengo bastantes problemas.

—¿Problemas?

—Frank, es tarde. Tengo una cuartilla en la máquina, pensaba escribir. Tú no molestas nunca. Si quieres pasarte la noche aquí hazlo, pero sin hablar. ¿De acuerdo?

—No te molesto más, Jud. Mi visita tenía que hacerla, aunque fuera sólo por amistad, pero aquí termina esa amistad...

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, Jud... Uno, con el tiempo acaba por saber distinguir las llamadas falsas de las verdaderas y esa voz..., parecía tener mucho interés en perjudicarte.

—Si empezáis haciendo caso a los anónimos... —replicó Jud nerviosamente.

—A veces hay que seguir todas las pistas. Si el capitán lo ordena y la llamada se repite quizá tendré que molestarte otra vez, pero será de un modo oficial. Tenía que advertírtelo...

—Bien. Gracias si es eso lo que esperas.

—No me acompañes. Conozco el camino.

Jud quedó clavado en su butaca. Frank antes de abandonar el apartamento y desde la misma puerta se volvió:

—¡Ah! Otra cosa... ¿Alquilaste por casualidad un coche?

A continuación y ante la mirada expectante de Jud, el teniente

dio las señas y el número de la matrícula del automóvil.

Sí. Era el suyo.

—Sí. Lo alquilé.

—¿No funciona el tuyo?

—Va perfectamente. Y tú lo sabes. ¿Está prohibido alquilar coches?

—No, Jud. No está prohibido.

—¿Qué pasa con el coche?

—Alguien ha llamado diciendo haber visto un coche abandonado en la carretera a unos cinco kilómetros de la ciudad. El comunicante dijo que en su interior había encontrado un paquete envuelto con periódicos, que contenía dos mil dólares y una pistola automática calibre cuarenta cinco.

—Entonces no es mi coche... —replicó rápido Jud.

—Lo es. Con el número de la matrícula el sargento y un par de hombres han estado en Johnson Ltda. Ya sabes, la compañía de alquiler. Allí han facilitado tu nombre...

—Bien. ¿Qué esperas para ponerme las esposas? —replico Jud con tono agrio pero fingiendo absoluta seguridad.

—No has mentido cuando te he preguntado si había: alquilado un coche. Diste tu nombre en la compañía.

—Yo no ando escondiéndome, Frank. Acaba de una vez.

—Ya he terminado. Sólo esperaba que me dijeras que alguien te había robado el coche.

—Si te interesa saberlo, me lo han robado esta noche. En Kentville.

—¿Kentville? ¡Vaya! ¿Has hecho una visita a...?

—A una amiga. Se llama Lorna Diamont. Puedes comprobarlo —mintió Jud otra vez.

—¿Y denunciaste el robo?

—No, Frank. No lo denuncié. Era tarde. Tenía que cenar... ¡Tú sabes que se roban cientos de coches todos los días! No iba a sacar nada. Lo habría hecho mañana... No pensé que tuviera tanta importancia.

—Adiós, Jud. Quizá tengamos que hacer algunas comprobaciones. Espero que no te pongas nervioso. Comprende las circunstancias.

Se levantó y se acercó a su amigo:

—Sí, Frank. Lo comprendo perfectamente.

—Una pregunta más y te dejo.

—Suéltala.

—¿Tienes un arma?

—Sí.

—¿Qué clase de arma?

—Una... No sé... No la he usado nunca. Si te interesa la buscaré.

—Sí, hazlo. Por si acaso...

Frank Skinner se marchó definitivamente. Jud pensaba en el arma que habitualmente guardaba en uno de los cajones de su mesa.

¡Era una automática del calibre cuarenta y cinco!

Se precipitó hacia el cajón. Lo abrió. La pistola tenía que estar allí, a la vista, pero no estaba.

Rebuscó por todo el cajón..., por los distintos muebles. No. ¡No estaba!

CAPÍTULO VIII

—¡Jud! ¡Pero si es casi medianoche!

La exclamación de sorpresa partió de Lorna que, cubierta con una liviana bata, acababa de abrirle la puerta.

—Sí. Sé que no son horas pero es necesario que hable contigo ahora mismo...

—¿No podías esperar siquiera a mañana?

—No, Lorna, no podía. Creo que el factor tiempo es de vital importancia.

—¿El factor tiempo?

—¿Me dejas que pase?

—Bueno... No tengo por costumbre recibir visitas a estas horas, pero pasa...

La siguió hasta un coquetón saloncito. Ella se sentó y aguardó a que su visitante desvelara el misterio de aquella misteriosa visita.

Jud dio unos pasos nervioso:

—Lorna... Espero que no ocurra nada, pero... Verás... No es cierto que mi coche no funcione. Me lo robaron. No lo denuncié porque creí que podría hacerlo mañana.

—Mañana ya es hoy —corrigió ella con una sonrisa.

—Sí, sí... Pero el caso es que un amigo mío policía estaba aguardándome cuando llegué. Han encontrado el coche con dinero y una pistola automática.

—¿Lo han encontrado?

—Sí, abandonado.

—Lo utilizaron para robar a alguien, ¿no es así?

—No sé... Yo pienso que tratan de acusarme de algo. No lo veo claro. —Jud no quería explicar demasiadas cosas. Le bastaba que ella accediera a lo que iba a pedirle.

—¿Acusarte a ti?

—Sí, Lorna. Y por circunstancias que sería largo enumerar, mi

presencia en Kentville no puedo explicarla.

—No entiendo ni una palabra, hijo.

—No pretendo que entiendas, sólo que confíes en mí.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Pues yo dije a ese amigo mío policía que había estado contigo. No le di más detalles. Pero si llega el momento, ¿podrías corroborar mi declaración?

—¿Me estás pidiendo que mienta?

—Es una mentira que no perjudica a nadie y en cambio puede sacarme de un apuro.

—Jud... Nunca he negado un favor a un amigo, pero..., tampoco me gustaría verme mezclada en algo malo.

—Espero no mezclar a nadie...

Jud quedó pensativo. Pensaba que si decía la verdad a Frank, que si hablaba de Lucrecia las cosas podían empeorar, sobre todo si alguien —como parecía— quería cargarle los muertos del Banco. Sí, de un modo u otro acabarían facilitando a la policía toda clase de datos para comprometerle. Era, pues, necesario ponerse en guardia.

—Estás un poco nervioso, ¿eh? Ya me lo pareció en el autobús —murmuró ella. Y añadió—: No puedo ofrecerte nada de beber.

—No. No es bebida lo que necesito. Ahora me gustaría encontrarme lejos...

—Bueno, alguien dijo que de vez en cuando conviene descargar la conciencia... Si quieres contarme algo... Has conseguido intrigarme y en consecuencia desvelarme. Mañana tendré bolsas en los ojos.

—Lo siento, Lorna, sé que no ocurrirá nada, pero por si acaso... Pensé que podrías hacerme ese favor.

—¿En recuerdo de otros tiempos?

El la miró.

Pensó en un tiempo no demasiado lejano, cuando pasó tres meses en Nueva York. Allí se conocieron.

En más de una ocasión había estado a punto de pedirle que se casara con él, pero no lo hizo. No era decisión lo que le faltó entonces, fue...

Sí... Ella esperaba triunfar, quería emanciparse, su única meta era llegar lejos. Le había dicho en más de una ocasión y él lo recordaba plenamente: «¡El amor sería un estorbo para mis planes!».

—Unos tiempos maravillosos, Lorna.

—¿Es un cumplido?

—Tú sabes que no...

Se miraron. Indudablemente Lorna conocía el secreto de Jud. El secreto de aquellos pasados sentimientos.

—¿Has pensado en mí alguna vez? —preguntó ella.

—Más de una vez, Lorna. Puedes estar segura. Pensaba en la chica que quería ser independiente.

—Todos podemos equivocarnos —sonrió ella.

—¿Ya no quieres serlo?

—La vida enseña. Ahora tengo un buen empleo. Puedo vivir bien, pero una nunca tiene el «completo».

—¿Estás muy sola?

—Siempre he estado sola...

El se acercó. Se sentó a su lado y buscó la mano de la mujer.

—No, Jud... No estropees nuestro encuentro casual.

—Lorna... Acabo de olvidar el motivo que me ha traído a tu casa. Ahora sólo te veo a ti...

—¿Sabes una cosa, Jud? —replicó ella levantándose suavemente

—. Nunca había sido aficionada a las novelas policíacas, pero empecé por leer las tuyas.

—¡Ah! ¿Sí?

—Son realmente apasionantes. Algunas llegaron a darme escalofríos, pero en general lo que más me agradaba era que tuvieran éxito.

—Te lo agradezco.

—Jud... Necesitas una coartada, ¿verdad? —Sonrió y añadió—: También aprendí en tus novelas lo que es una coartada.

—Lorna... No digas nada. No quiero mezclarte. No...

—No seas niño. Diré lo que quieras. No has hecho nada malo, ¿verdad?

El quedóse mirándola. Ella estaba en pie observándole también. A Jud le pareció más bella, más mujer que nunca. Se levantó. Seguían en silencio. La rodeó entre sus brazos y fue acercando su boca a la suya. Ella seguía inmóvil, hasta que concluyó por ofrecerle los labios, que Jud buscaba ansiosamente.

Fue un beso largo. Un beso que ambos parecían haber estado deseando mucho tiempo.

Cuando Jud la soltó, murmuró:

—Hazte cuenta que no te he pedido nada, Lorna.

—Tonto, grandísimo tonto —fue la respuesta feliz de la muchacha.

CAPÍTULO IX

Martes, ocho de la mañana.

Jud regresaba a su casa, soñoliento, malhumorado ante la realidad, de la que había logrado evadirse por unas horas.

Cuando abrió la puerta el timbre del teléfono sonaba insistentemente.

Cerró y se apresuró a tomar el auricular.

Era la voz de Lucrecia.

—¿Desde dónde llamas? —preguntó él.

—Desde mi casa, Jud. Frank ha estado aquí. Acaba de irse hace cosa de diez minutos.

—¿Qué quería Frank?

—Ha estado haciéndome preguntas. Quería saber si nos habíamos visto.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad, Jud. Que nos habíamos visto dos o tres veces. Y que anoche nos vimos también.

—No debiste...

—Es mejor así, Jud. Lo habría averiguado de todos modos. Y esto no compromete a nada, ¿verdad? No hay nada sospechoso en que tú y yo nos veamos.

—No, claro, pero...

—¿Qué te pasa, Jud?

—Nada, Lucrecia. Te lo contaré en otro momento. Pero lo importante es que dije a Frank que no nos habíamos visto.

—¿Y eso puede perjudicarte?

—No sé. Parece como si alguien esté maniobrando en contra mía. No puedo hablar por teléfono. Nos veremos si es posible hoy mismo.

—No me moveré de casa. Si quieres llamarme...

—Iré. No sé cuándo, pero iré. Adiós... Y gracias por habérmelo

dicho.

—¡Jud! —exclamó la muchacha antes de que él colgara.

—Di, Lucrecia.

—Siguen las complicaciones, ¿verdad?

—Sí. Y graves. Pero no te preocupes. Encontraré una solución.

Colgó.

¡Una solución!

¿Dónde? ¿Cómo?

Volvió a pensar en Harry. Si pudiera mantenerlo vigilado, si pudiera escuchar sus conversaciones... Claro que Harry sería previsor —en caso de ser él el culpable—, se mantendría a la expectativa, procuraría no dar un solo paso en falso.

Pensó en el micrófono diminuto que instaló en casa de Armstrong. Quizá empleando el mismo truco...

Había algo en la esposa de Harry que no acababa de gustarle. Aquella seguridad, aquel aplomo. ¿Era realmente una gran dama?

Una mujer puede inducir a hacer muchas cosas. Tal vez —pese a sus negativas—. Harry le habló del asunto a su esposa y fue ella la que le empujó a tomar la iniciativa.

Sí, la idea del micro iba tomando cuerpo. Sí, se las apañaría para instalarlo.

«Tengo que trabajar deprisa», se dijo Jud mientras conducía su propio coche hacia Kentville.

Sabía que Frank le pisaba los talones. Posiblemente luego de su entrevista con Lucrecia iría directamente a hablar con él. Necesitaba escabullirse mientras no pesara una sospecha formal sobre su persona.

Pensó en Lorna:

«Después de lo de anoche no le sentaría bien saber que voy a casa de otra chica... Pero necesito el micro. Y lo tiene ella todavía: Lucrecia».

Volvió a pensar en Frank:

«Si ha ido a casa de Lucrecia quizá es porque haya recibido una nueva llamada anónima... ¿Quién hace esas llamadas? Bueno, con el micro instalado en casa de Harry quizá pueda averiguar cosas más interesantes...»

Ni por un momento se le ocurrió confesar a Frank la verdad. Primero estaba su honrilla, y después aquel par de muertos. No,

ningún jurado le absolvería.

Recorrió el trayecto en cuarenta minutos una vez más.

Detuvo el coche frente a la casa. Ella estaba asomada a la ventana y corrió a abrirle la puerta:

—No te esperaba tan pronto.

—Tengo algo importante que hacer y debo actuar cuanto antes. Dame el micro. Sigues guardándolo, ¿no?

—No. Lo tiré.

—Pero...

—Quedamos así, ¿no? Me dijiste que me deshiciera de él al salir de la casa. Lo eché en una alcantarilla. Pero no te preocupes. Lo hice muy lejos de la casa de Armstrong.

—Ahora tendré que comprar otro y tal como están las cosas... Sospecho que no tardarán en vigilarme. Además, toda precaución es poca.

—¿Para qué lo quieres?

—Si tú saliste a las dos y media y Armstrong seguía en la casa... ¿Quién crees que puede ser el culpable?

—Piensas en Harry, ¿eh?

—¿En quién sino?

—¿Quieres espiarle?

—Eso me propongo.

—Lo siento... Por el micro.

—Bueno. Me las arreglaré. Iré a Nueva York... Ahora cuéntame detalladamente qué clase de preguntas te hizo Frank. ¿Vino solo?

—Sí. Vino solo. Dijo que era extraoficial.

—Por lo que dijo dedujiste que sospecha de mí.

—No hizo mención del atraco. Dijo simplemente que unos asuntos le habían llevado a Kentville y aprovechó para verme. Luego me preguntó si nos habíamos visto.

—Ya. Pero lo hizo con doble intención. Estoy seguro.

—Tengo miedo, Jud.

—Por poco que pueda no te mezclaré en esto, Lucrecia.

—Lo hecho, hecho está... Pero si me viese envuelta, ¡oh, Jud! Hazte cargo y no me tomes por una egoísta. Detestaba aquella vida y la dejé... La dejé no para verme envuelta en algo tan turbio. Todo tenía que ser como una broma. Tú lo dijiste.

—Quizá ese micro conteste a muchas preguntas.

—Ojalá tengas suerte.

—Iré directamente a Nueva York. Estaré de vuelta a media tarde. Esta noche instalaré el micrófono.

—Jud... Si Frank vuelve... ¿Quieres que le diga algo especial?

—No. Ya no importa. Si me pregunta por qué le he mentido, diré que lo hice porque pensé que a él no le gustaría. Bueno..., Frank siempre sintió por ti una gran debilidad.

—Sí, es posible —musitó ella.

Se marchó rápidamente. Eran más de cuatrocientos kilómetros los que le separaban de la ciudad de Nueva York, y otros tantos para la vuelta.

Eran las nueve. Por la autopista en cinco horas o quizá menos llegaría a la capital, compraría el micro y regresaría inmediatamente. Sí, mejor ir a Nueva York que adquirirlo en Buffalo donde sólo había dos o tres casas especializadas. Y no era eso todo, prefería estar lejos y evitar todo posible encuentro con el teniente Frank Skinner.

Pensó en Lorna. En la cita que había concertado el día anterior para cenar juntos:

«Cuando regrese iré primero a casa de Harry con cualquier excusa... Será mejor comprar dos micros, uno para el salón y otro para el dormitorio. Tengo que pensar dónde ponerlos. No he estado nunca en el dormitorio de Harry, será lo más difícil. El del salón, no. En el parterre de plantas artificiales...»

CAPÍTULO X

Jud empleó un tiempo récord. A las seis y cuarenta minutos estaba ya de vuelta.

Aparcó el coche frente a la casa del banquero y llamó a la puerta.

No había nadie.

Miró en torno suyo. No le habían visto subir. No se había cruzado con nadie.

«Quizá es mejor así», pensó.

Avanzó por el pasillo. Al final había una ventana que comunicaba con las galerías traseras de las que pendían las escaleras de emergencia.

«Es el segundo apartamento», pensó Jud.

Levantó el cristal de la ventana y avanzó por la galería exterior. Se agachó al pasar por delante del primer apartamento.

Enseguida estuvo frente a la parte trasera del hogar de Harry.

Estaba la ventana abierta. La leve brisa sacudía la cortina de tergal.

Se metió dentro. El silencio más absoluto remaba en la casa.

«Mucho mejor —se repetía Jud—. Así podré colocar el del dormitorio».

Pasó al amplio *living* y buscó el parterre de hojas artificiales. Entre la arena el diminuto micro-receptor en forma de aceituna con palillo incrustado a modo de antena pasaría completamente desapercibido.

Lo colocó. Seguidamente y, aprovechando la ocasión, se introdujo en el despacho del director del Banco.

Buscó entre los papeles sin desordenar ninguno.

«No. Si ha robado el dinero no será aquí donde lo guarde».

Miró la bien surtida biblioteca.

Suspiciousamente retiró varios libros. No fuera que hubiese

empleado el mismo escondite. No, detrás de los libros no había nada.

Pero al colocar un grueso tomo se desprendió algo de una de las hojas.

Era un papel amarillento, fino. Habían escritas unas palabras con una extraña letra.

A medida que Jud iba leyendo su expresión se tornaba risueña, despejada, como si aquel hecho casual le pusiera delante del primer cabo suelto.

—Vaya, vaya... —murmuró.

La nota decía:

«Mañana se cumple el plazo. Ya sabe lo que tiene que hacer y cómo tiene que hacerlo. Veinticinco sábanas. Tamaños uno, dos, cinco y diez, usados. Si se descuida Laura Driscoll volverá a ser noticia».

No había firma. Era un anónimo, fácil de descifrar por cierto... Al menos para Jud.

«Veinticinco sábanas», igual a veinticinco mil dólares. Los tamaños indicaban la cuantía de los billetes y Laura Driscoll... ¿Dónde había oído antes aquel nombre? ¿Laura Driscoll?

De cualquier modo Harry estaba amenazado de chantaje... ¿Y Laura Driscoll por qué no podía ser la señora Masson, su propia esposa?

Sí, Laura Driscoll sonaba a escándalo. Tendría que averiguarlo. Pero primero pondría el segundo micrófono.

Abrió una de las puertas del despacho y vio que había acertado. La pieza comunicaba con el dormitorio. Estaba a oscuras. Palpó en la pared en busca del interruptor.

No. No estaba. Lógicamente estaría en la otra entrada. Mientras andaba en la oscuridad percibía un extraño olor. Algo indefinido. De pronto sus pies tropezaron con algo, quiso mantener el equilibrio pero no lo consiguió. Cayó con las manos hacia delante para parar el golpe.

Enseguida notó una extraña viscosidad.

¿Qué diablos...?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

Se estaba dando cuenta de que había tropezado con un cuerpo.

Y aquella viscosidad...

¡Sangre!

Se había cometido un asesinato.

Tanteó la pared. La manchó de sangre. Al fin dio con el conmutador.

Cuando la luz inundó la habitación pudo comprobar la identidad del muerto.

Harry Masson. Estaba allí, tendido, con los ojos abiertos entre un charco de sangre.

Lo habían matado... Lo habían asesinado hacía poco...

Jud no perdió la serenidad. Al fin y al cabo nadie le había visto entrar.

Se imponía limpiar todas las huellas. Luego el micro... La policía haría un registro. Era lo más probable. Bien, de todos modos no importaba. Lo colocaría. ¿Dónde?

Miró alrededor, procurando evitar aquella mirada ya sin vida de Harry Masson.

Ahora ya no podía sospechar de él. Pero quedaba su esposa... Aquella enigmática mujer.

Encontró el lugar adecuado. En la misma cama de cabecal acolchado. Bastaba descoser un poco la tela de raso y meter el diminuto micro entre la boata.

Tres minutos bastaron. Ya estaba listo. Se aseguró de que no dejaba ninguna huella sin borrar.

Salió de la alcoba. Cruzó el despacho. En su bolsillo guardaba el papel amarillo. Quizá sería conveniente volverlo a dejar. ¿Por qué no?

Abrió la carpeta de la mesa de escribir utilizando un pañuelo y metió el papel dentro. Lo pensó mejor.

No, era mejor que lo guardase él, quizá podría servirle.

Llegó hasta la ventana por la que había entrado. Pasó un pie al exterior. Iba a sacar el otro pero se detuvo.

Acababa de observar algo que le paralizó.

Abajo, en la calle, dos coches-patrulla de la policía se detenían a la salida de la manzana.

Se metió de nuevo dentro.

«No puedo bajar por la escalera de incendios, me verían...»

Corrió hacia la puerta principal.

No estaba cerrada con llave. Bastaba abrir y volver a cerrar de golpe una vez fuera.

Lo hizo. Salió por el pasillo con paso presuroso en dirección a la escalera.

La calle estaba tres pisos más abajo. Comprobó que el ascensor subía y utilizó la escalera. Bajó corriendo hasta la primera planta, pero allí se detuvo.

Abajo estaban dos policías uniformados. No podía salir. Estaba metido en una trampa.

Pero..., ¿qué hacía la policía allí?

Subió de nuevo a tiempo de oír la vez del teniente Skinner.

—Es en el apartamento

2-A

—dijo.

El que le acompañaba preguntó:

—¿Llamada anónima?

—Sí, no ha querido dar el nombre. Sólo dijo que se había cometido un asesinato.

Jud, pegado a la pared, cerca del hueco que daba entrada a la escalera contuvo la respiración.

—Usted quédese en el pasillo vigilando —oyó cómo Skinner ordenaba.

¿Cómo salir de la trampa? Si Frank le atrapaba sería muy difícil explicar su presencia allí.

CAPÍTULO XI

La única salida posible era la azotea.

Subió sigilosamente y respiró tranquilo al comprobar que la puerta del terrado estaba abierta.

Salió fuera y aspiró una bocanada de aire fresco.

Miró a la calle. La manzana estaba rodeada.

Se acercó al edificio contiguo. Era algo más bajo. Saltó. Corrió hacia el siguiente y tuvo que trepar por una escalera de hierro. Luego alcanzó el otro. Estaba cerca de la esquina.

Pensó que podía bajar tranquilamente. Estaba cuatro casas más lejos de la de Harry, pero quedaba otro problema.

¡El coche!

Lo había dejado enfrente mismo del edificio en uno de cuyos apartamentos vivían los Masson.

«Espero que Skinner lo confunda». No era el único «Dodge» color crema que existía en Buffalo. Claro que...

El policía era muy observador. Cualquier detalle. Incluso la matrícula.

—Cuando saldrá habrá oscurecido —pensó Jud—. Es posible que no se dé cuenta.

Acercarse era peligroso. Alguno de los policías que estaban en la puerta podía reconocerle. Eran muchos los que le conocían en el distrito y sabían que era amigo de Frank.

No, no podía correr el riesgo. En último caso diría que se lo habían robado...

Llegó a la calle y salió, inclinando hacia delante el ala de su sombrero. Cruzó y se metió por la primera transversal. A unos veinte metros había un callejón. Dobló para alejarse cuanto antes, luego echó a correr...

A las siete y diez minutos se reunía con Lorna.

—Perdona el retraso —sonrió él tratando de aparentar serenidad. Jadeaba por dentro, pero una vez más y en presencia de Lorna quería olvidarlo todo.

Tomaron un taxi. Poco después se encontraban en uno de los más modernos y acreditados restaurantes.

Habían hablado de cosas triviales durante el trayecto. Más que nada imperaron las miradas. Desde la noche anterior el mutuo sentimiento dormido había despertado.

Tomaron un aperitivo para empezar. Jud encargó la cena. Al sacar el paquete de cigarrillos notó el contacto del papel amarillo que había guardado en el bolsillo. Pensó en el nombre de Laura Driscoll.

—Discúlpame un momento. Tengo que llamar a alguien.

Ella le contestó con una sonrisa.

Jud se dirigió al teléfono, en una cabina al final del mostrador del bar.

Marcó un número y oyó el zumbido del timbre, luego la voz femenina que contestó:

—Aquí Tribune, dígame.

—Con Ben Graham.

—Un momento, por favor.

Escuchó el chasquido de la puesta en comunicación y enseguida la impaciente voz del periodista amigo.

—Ben, soy Jud. Escucha... ¿Te dice algo el nombre de Laura Driscoll?

—¿Laura Driscoll? Hum..., déjame que recuerde. ¿Dónde estás?

—En un restaurante.

—Bueno, deja el número del teléfono. Te llamaré en cuanto lo averigüe. ¿De qué se trata? ¿Asesinato?

—No sé. Me sueña. Si sabes algo, llámame. Estoy en el Astor.

—¡Eh, un momento! No cuelgues.

—¿Qué hay?

—¿Cuándo podré verte?

—No es necesario. Cuando lo sepas...

—No se trata de la pregunta que me has hecho... He llamado tres o cuatro veces en tu casa. No contestaba nadie.

—No. No he estado en casa. ¿Qué querías?

—Hablarte de la carta...

—Ben, te dije que lo olvidaras por el momento.

—Me temo que ya no podré hacerlo, Jud. Me la han robado.

—¿Cómo?

—De veras, Jud. La guardaba en mi apartamento. La tenía en uno de los cajones de mi escritorio. Ha desaparecido...

La cena con Lorna no fue todo lo agradable que Jud hubiese deseado, pese a sus esfuerzos por aparentar una absoluta naturalidad.

Pensaba en la trampa que, poco a poco, parecía ceñirse en torno suyo, como si alguien, lentamente, pero con seguridad, cerrara el cerco.

Bailaron.

—Estás muy lejos —murmuró Lorna.

—¿Qué estás diciendo?

—Te siento a mi lado. Eres tú ciertamente el que baila conmigo, pero tu pensamiento está lejos. Muy lejos.

—¡Oh, no! —Trató de disimular.

—Jud... Quisiera ayudarte.

—Ya lo estás haciendo.

—No.

—Lorna, estamos tú y yo... Disfrutamos del ambiente, de la música.

—No, no disfrutamos. Tú piensas en otras cosas y yo así no me encuentro a gusto.

—¡Oh, Lorna! Lo siento, disculpa... Tenía una idea en la mente. Un escritor...

—No es un escritor. Es el hombre el que piensa... ¿En qué lío te has metido?

—En ninguno...

—No me engañes, Jud. Yo únicamente trato de ayudarte. Anda, acompáñame a casa. Si no quieres hablar déjalo. Arregla tus asuntos.

—Todavía es temprano.

Ella sonrió y se desprendió de él con suavidad para volver a la mesa y recoger el bolso.

Se marcharon. Fueron a pie un buen rato, en silencio.

Al cruzar una calle, Jud miró hacia un luminoso. Era el edificio del Tribune.

—Oye... Tengo que ver a un amigo que trabaja en el periódico. Ven conmigo. Son cinco minutos.

—No. Tomaré un taxi.

—Entonces, te acompaño.

—No dejes de hacer tus cosas por mí, Jud.

—Puede esperar diez minutos. Pero me gustaría que vinieras. Luego tendré todo el tiempo para ti.

—Está bien. Subiré.

Poco después se encontraban en el primer piso. La redacción estaba en su apogeo.

—Quédate aquí. Es sólo un momento. Tengo que hablar con el jefe. Está ahí en la jaula de cristal del fondo.

Ella asintió con la cabeza.

Jud se encaminó hacia el despacho de su amigo.

Ben Graham hizo una seña a su ayudante indicando que quería estar solo. Jud cerró la puerta.

—No. No tengo ni idea de quién puede ser el ladrón. No tengo nada de valor en casa y no me preocupo de cerrar bien las ventanas. Supongo que quienquiera que tuviese interés en tu carta, utilizaría la escalera exterior de emergencia... No he avisado a la policía porque ese robo te afecta a ti y a menos que estés dispuesto a decirme qué contenía tu escrito...

—Tengo una copia. Claro que ya no es lo mismo. Ésa estaba en tu poder. Llegado el caso, podría esgrimirse, tú eras un testigo de que te la entregué el jueves.

—¿Testigo de qué?

—De eso, de que te entregué la carta.

—No estimas en mucho mi amistad.

—Lo sabrás a su tiempo, Jud. Ahora ya sé que tratan de tenderme un lazo... En fin..., ¿qué hay de esa Laura Driscoll?

—¡Ah, así!

Un reportero llamó con los nudillos en la puerta. Entró sin esperar respuesta.

—Toma, Ben, lee eso y dime si está bien.

—¡Eh! —gritó otro desde fuera—. ¿Quién es aquel bombón que está aguardando?

Ben alzó la cabeza.

Jud aclaró:

—Es Lorna. Viene conmigo.

El reportero les dejó solos. Ben se levantó y miró a la muchacha.

—¡Vaya! Eso sí que es una coincidencia.

—¿El qué?

—Es Lorna Diamont, ¿verdad?

—¿La conoces?

—Creo que ella podría darte muchos más detalles que yo de Laura Driscoll.

Jud quedó atónito.

—¿Qué quieres decir?

—Laura Driscoll armó un escándalo de todos los demonios. Un banquero asesinado en Nueva York... Hace unos ocho años poco más o menos. Laura Driscoll estuvo seriamente involucrada en el caso. Pero consiguió librarse. Luego desapareció.

—Pero ¿qué tiene que ver Lorna con esto? —inquirió Jud.

CAPÍTULO XII

—¿Laura Driscoll? —preguntó Lorna.

Estaba ya en su piso. Frente a ella, Jud.

—Sí —agregó la muchacha—. La conocí en Nueva York, hace ocho años. Yo acababa de llegar de Connecticut, tenía diecisiete años. Laura había logrado unos pequeños triunfos y prometió ayudarme, pero entretanto yo seguía de dependienta en unos almacenes. Más tarde supe que algunas oportunidades se habían malogrado por culpa de ella. En vez de ayudarme me pisaba el terreno. Fue cuando empecé a comprender que una gran ciudad puede ser una jungla.

—Hablemos del asesinato del banquero.

—Yo no sé nada. Sólo lo que dijeron los periódicos. Sé que entonces me alegré de todo lo que le estaba sucediendo. Laura había sido siempre una egoísta que sabía disimular con una sonrisa coqueta en los labios.

—¿No la volviste a ver?

—No. Cuando la absolvieron desapareció. Sé que lo comentamos. Laura era conocida en los almacenes porque había trabajado allí.

—Tienes que hacerme un favor. Mañana van a enterrar a alguien, te ruego que me acompañes...

—No te comprendo...

—No puedo decirte nada más. Quizá coartaría tu respuesta. Puede que mañana consiga aclarar algo.

Ella no comprendía. El tampoco hizo nada para sacarla de dudas. Andaba entre las tinieblas y quería conservar para sí todo descubrimiento.

Eran casi las doce cuando Jud introducía la llave en la cerradura de la puerta del edificio.

Una voz surgió a su espalda:

—Jud.

Se volvió. Era Skinner. No iba solo. A su lado estaba otro hombre. Más allá un coche de la policía.

—Es el capitán Barton, quiere hacerte unas preguntas.

—Bien, suban. Supongo que no hay más remedio.

—No, señor Cregan. Esto es oficial —replicó el superior de Frank.

Poco después estaban los tres sentados en el estudio de Frank.

—Me gusta ir directamente al asunto —empezó el capitán—. Hay cierta persona que se esconde en el anónimo que se muestra muy empeñada en que sigamos una investigación acerca de usted.

—Ya me dijo algo de esto el teniente —replicó Jud—. Pero no creí que hicieran caso de anónimos.

—A veces no hay más remedio que seguir todas las pistas, señor Cregan. Y el caso es que nuestro comunicante parece saber muchas cosas. En cierto modo no es esto lo que nos trae hoy a su casa.

—Bueno, suéltelo todo, capitán.

Fue Frank el que tomó la palabra para declarar:

—Harry Masson ha muerto.

Calló unos instantes. Jud sabía que las miradas fijas de los dos hombres le escrutaban en busca de una reacción.

Permaneció impasible.

—¿Por qué tenía que saberlo?

—Tu coche está aparcado frente a su casa. ¿No lo sabías?

—Esperamos que nos explique esto, señor Cregan. El teniente ha sugerido que podían habérselo robado, como el que alquiló usted... Pero dos coches a la misma persona con pocas horas de diferencia...

—Alguien está tramando algo contra mí, pero puede que dentro de unas horas lo haya averiguado por mí mismo.

—No juegues a policías —advirtió Frank—. Esto no es una novela. Han desaparecido dos millones seiscientos mil dólares. Murieron dos guardas y hoy ha caído asesinado el director del Banco.

—A propósito —terció el capitán—, ¿tiene usted un arma?

—La tenía.

—¿No la tienes? —inquirió Frank.

—No. Y no puedo justificar su pérdida. Si digo que me la

robaron sería el colmo de las coincidencias. —Sonrió con cierto sarcasmo.

—Verdaderamente no tiene usted mucha suerte —murmuró el capitán.

—Bueno, si no me creen busquen por toda la casa, no hay ningún arma y en dinero no más de cien dólares.

—Estamos seguros de ello —replicó el capitán sin inmutarse—. Pero ahora explíquenos lo de los coches robados.

Jud sonrió. Una vez más hizo gala de sangre fría:

—Todo lo que diga ahora no podrá ser empleado en contra mía, capitán.

—No está usted detenido, señor Cregan. Oficialmente no existen pruebas contra usted. Estoy dispuesto a admitir que por una, llamémosle excentricidad, prefiera alquilar un coche teniendo como tiene uno magnífico. Incluso admitiremos que ese coche fue utilizado para cometer un robo, pero lo extraño es que nadie haya presentado ninguna denuncia y, en cambio, la única persona que podía arrojar alguna luz ha muerto.

—¿Se refieren a Harry Masson?

—Sí —replicó el capitán—. Le hablamos del hallazgo de unos billetes y le pedimos si, por casualidad, tenía anotadas algunas series.

—Dijo que algunas estaban anotadas. Esta tarde a las tres le entregamos el paquete. Dijo que nos llamaría... Ya no le hemos vuelto a ver con vida.

Frank añadió:

—Alguien le llamó hacia las cuatro. Harry Masson salió del Banco sin decir adónde iba.

—A las siete y treinta minutos —siguió el capitán— recibimos una llamada de alguien que nos comunicaba su muerte y que pudimos comprobar ocho minutos más tarde en su propia casa.

—Yo no puedo ayudarles —contestó el escritor.

—Jud... Repito que esto no es un juego. Si tienes algo que decir confía en nosotros. Es por tu propio bien.

Dudó unos instantes. No. No podía contar la verdad. Todavía no... Le faltaba la comprobación de la mañana siguiente.

—Lo único que puedo decir es que fui a casa de Harry. Quería saber cómo estaba. Llamé y no contestaron. Al salir me encontré

con un conocido... Fuimos caminando. Como pensaba volver a casa de Harry no me importó dejar el coche. Además, me apetecía caminar. Así es que no hay robo.

—¿Y cuándo pensabas volver a ver a Harry?

—Hoy. Pero salí con una chica, luego pasé por el Tribune para saludar a un amigo y se me hizo tarde.

—¿Nada más? —preguntó el capitán.

—Nada más —respondió Jud.

—Bien, señor Gegan. De momento no voy a hacerle más preguntas, pero me veo en la obligación de rogarle que a partir de este momento nos comunique si cambia de residencia o si se ve precisado a alejarse de la ciudad.

—Comprendo —sonrió Jud.

Frank le miró profundamente.

—Si cambias de opinión... Si recuerdas algo, dínoslo.

—Sí, una pregunta.

El capitán se volvió.

—Esa persona que me acusa... ¿Qué les ha dicho? ¿Puedo saberlo?

Los dos policías cambiaron una mirada. El capitán satisfizo su curiosidad.

—Nos dijo que usted tenía un hábil plan para cometer el atraco perfecto, pero que falló a última hora y tuvo que matar. Nos dijo también que parte del dinero lo tenía usted y la otra parte en lugar seguro.

—¡Claro! —exclamó Jud—. Y esa parte que tenía yo eran dos mil dólares que llevaba encima desde el día del atraco y que estúpidamente dejé abandonados en un coche junto con el arma homicida.

—No. No los dejó abandonados, señor Gegan. Los olvidó.

—¿Cómo?

—Su coche era perseguido por un motorista por excesiva de velocidad. El conductor pudo despistar en una curva a motorista y tomar una carretera secundaria. Salió precipitadamente porque sabía que el motorista no tardaría ni un minuto en darse cuenta de la maniobra del fugitivo y en esa precipitación olvidó el dinero y pistola... Quizá no pensó que el motorista registrara el auto, pero el hombre lo hizo y así pudo encontrar el dinero bajo el asiento

posterior y la pistola en la guantera. Por la pistola no se hubiese extrañado, ¿quién no lleva un arma hoy en día? Pero el dinero. Y, sobre todo, la extraña desaparición del conductor...

—Eso demuestra que no quería ser identificado —adujo Jud.

—Sí... Ahí residen nuestras dudas. Por cierto... —añadió el capitán ligeramente vacilante—, ¿puede... obsequiara con una de sus novelas?

—Elija usted mismo —replicó el escritor un tanto confuso.

—Usted mismo. No tengo preferencias.

Se encogió de hombros y buscó en una estantería. Sacó una.

«Tres asesinos para un cadáver».

—Para usted, ¿quiere una dedicatoria? —sonrió Jud.

—Gracias. No importa.

El capitán salió con el libro en la mano, seguido de Fran.

Mientras, Jud pensaba: «¿Para qué diablos querrá libro?».

El capitán, que había tenido buen cuidado en cogerlo por el lado opuesto, lo envolvió cuidadosamente con un pañuelo de seda de gran tamaño.

—Ahora podremos comprobar sus huellas con las del periódico —murmuró.

Frank asintió:

—Sé que no le gusta esto, Skinner. Jud Cregan es amigo suyo y muy listo, por cierto, pero hemos de cumplir con nuestro deber.

—Nada hay que objetar, capitán, pero me cuesta trabajo creer...

—No tenemos ninguna prueba. Ni contra él ni contra nadie. Una caja como la del Comarcal no se abre simplemente entrando en el Banco y matando a los guardianes, aquí hay algo más... Y eso es lo que tenemos que averiguar antes de que Armstrong siga vociferando ante el fiscal. El insiste en que el fallo electrónico no es posible. Por cierto, ¿qué hay de esa chica que estuvo con él?

—Nada —replicó Frank Skinner—. Es de suponer que el nombre es lo de menos. Armstrong sólo sabe que se presentó medio desnuda en su casa y que dijo que unos gamberros habían intentado atacarla. Estuvo con él hasta las dos y media. Adams, el criado, la vio salir.

El capitán sacudió la cabeza.

—¿Y de esos gamberros?

—Ni rastro. No se conoce ninguna banda en el sector.

Subieron al coche después de que el capitán hablara con uno de

sus ayudantes, de paisano.

—No estará de más vigilar a su amigo —murmuró.

El coche emprendió la marcha. En la calle quedó un hombre dispuesto a no perder de vista la casa de Jud Cregan.

Ya por el camino, el capitán murmuró:

—Todavía no me ha dicho lo que averiguó esta mañana en Kentville.

—Sólo que Jud ha tenido varias entrevistas con una amiga común.

—¿Y es importante para el caso? —preguntó el capitán.

Frank tardó en responder.

—Todavía no lo sé. Jud mintió en esto. Dijo que no había visto a la muchacha de Kentville y ella asegura que sí.

—Hum. Veamos... Si Jud Cregan utilizó a una muchacha como cómplice para introducirla en casa del banquero... —Quedó pensativo. Skinner le interrumpió.

—Armstrong no dio para nada la combinación a Lucrecia.

—¿Se llama Lucrecia?

—Sí, señor. Y no me gustaría mezclarla en esto... A menos que fuera del todo imprescindible.

—¿Significa algo para usted esa chica?

Frank Skinner se limitó a murmurar:

—Es una... antigua amiga.

Y se preguntó por qué su amigo había mentido. ¿Por qué no le dijo que había ido a visitarla?

Fue una corazonada lo que le llevó allí. Esa suerte que a menudo se alía con los policías tenaces, esa intuición profesional, y ahora Skinner sentía hasta miedo de llegar a descubrir la verdad.

¿Su mejor amigo y la muchacha que un día significó algo en su vida, mezclados en el atraco y asesinato?

CAPÍTULO XIII

Jud fue a buscar su coche.

Se dio perfecta cuenta de que un hombre le seguía. No tenía por qué darle esquinazo, pero tampoco quería que le vieran con Lorna Diamont. Prefería mantenerla al margen hasta donde le fuera posible.

Entró, en un bar, pidió un café y se dirigió hacia el teléfono.

Al otro lado del hilo, después de marcar el número, escuchó la voz de Lorna.

—Es mejor que no nos veamos.

—¿Qué pasa? Dijiste que teníamos que ir al cementerio. No es que me guste, pero...

—Cambio de planes, toma un taxi y dirígete a la calle del Lago. Fíjate en la mujer enlutada que saldrá de la casa. Quiero la observe bien sin que ella te vea. Es la viuda de Harry Masson.

—Bien, Jud. Haré lo que tú dices.

Poco después, Jud estaba ante la casa del director asesinado. No tomó el coche directamente sino que entró en el edificio.

Había dos agentes en la puerta y otro en el pasillo de la tercera planta.

Jud llamó al timbre. Le abrió la puerta un hombre.

—Perdone. Era amigo de Harry, quería dar el pésame a la señora Masson.

—Pase.

Hellen Masson lucía un vestido negro que favorecía su silueta. Le recibió con impresionante serenidad y presentó a Jud al hombre que le había abierto la puerta.

—Es un antiguo amigo de la familia. El señor Baxter.

—Encantado —murmuró el tal Baxter, cuarentón, corpulento. Jud le observó brevemente y luego dedicó su atención a la viuda.

—He lamentado mucho lo de su marido.

Observó cierta frialdad en el rostro de la mujer, y una mirada en la que se mezclaban la desconfianza y el recelo.

—¿A qué hora estuvo usted aquí, señor Gegan?

—A las seis y media, señora Masson. Llamé y no me respondió nadie. Creí que habían salido los dos.

—Yo salí. Estuve en la peluquería. Harry me dijo que esperaba una visita.

—Bueno, la mía no, por supuesto. No le había dicho nada.

—Deseo que la policía detenga pronto al asesino.

—Eso deseamos todos, señora, y una vez más repito mi pesar.

—¿Irá al cementerio, señor Gegan?

—Sí. Mi coche está a su disposición. ¿Si quiere usted y Baxter...?

—Gracias. Iré con él —replicó ella. Ofreció la mano a Jud en señal de despedida. El escritor la tomó haciendo una breve inclinación.

Salió a la calle. La viuda Masson se comportó con la misma serenidad de siempre. ¿Qué ocultaba tras su rostro impenetrable?

Jud pensó en el diminuto magnetofón y el correspondiente receptor que había dejado preparado en su casa. Cualquier conversación de la señora Masson quedaría grabada.

¿Tendría que ver algo el tal Baxter?

Dio el encendido y el coche arrancó, siguiendo la calle hasta perderse en la arteria principal. Tras él seguía otro coche.

La ceremonia del cementerio fue breve y sencilla. La actitud de la enlutada viuda fue siempre de una absoluta serenidad.

Jud esperó a que terminara la ceremonia para largarse. Aquella vez sí que quería despegarse de su seguidor.

Aceleró ya una vez en la carretera y tomó el primer cruce a la derecha. Por el retrovisor vio que el coche que iba tras él se despegaba.

Estaban cerca de la zona del lago. Jud se desvió por el interior de un sendero rodeado de setos.

Esperó. Instantes después el coche seguidor pasó de largo.

Jud salió de su escondite y volvió a tomar la carretera secundaria.

Veinte minutos más tarde y, tras dar varios rodeos, se encontraba ante Lorna Diamont en su apartamento.

—¿Y bien...? —preguntó.

—No la conozco —replicó ella—. Nunca había visto a esa mujer.

—¿Estás segura?

—Al principio, no sé..., me pareció ver algún rasgo familiar, pero cuando estuvo más cerca vi que no, que nunca la había visto.

—Hay médicos que consiguen cambiar el rostro de una persona, quizá por esto no la hayas reconocido.

—¿Y a quién tenía que reconocer?

—A Laura Driscoll.

—¡Oh, no! —exclamó ella—. Reconocería a Laura Driscoll en cualquier parte.

—¿Incluso después de haberse sometido a una intervención de cirugía plástica?

—¿Quieres decir que Laura Driscoll...?

—¿Por qué no? Era sospechosa de asesinato. ¡Nada menos que de un banquero! Deben gustarle mucho los banqueros...

—Siempre fue una ambiciosa, pero... salió absuelta de aquello.

—Bien, pero en opinión de muchos, no era tan inocente como los jurados manifestaron. Fue un caso de duda. Su futuro quedaba un tanto comprometido. A veces no basta con cambiar de ciudad. El rostro puede ser reconocido en cualquier parte y el mejor sistema es hacerlo desaparecer, adquirir uno nuevo.

—Eso, desde luego, son sólo suposiciones, ¿verdad?

—Tengo una prueba. Alguien hacía objeto de chantaje a Harry Masson.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo lo has sabido?

—Eso ahora no importa, querida. Pero tengo que averiguar todo lo que sepa de esa mujer. —Y luego, pensativamente, como si hablara consigo mismo, añadió—: Si tuviera la prueba de que Harry le habló de lo del Banco...

—¡Jud! ¿Tiene eso algo que ver con lo del atraco al Banco?

—Estoy convencido de que sí.

—¿Lo has dicho a la policía?

—No. Éste es un caso que quiero resolver yo mismo.

—¿No estás jugando con fuego?

—Estoy sobre las brasas, pero no me quemo todavía y tengo que salir antes de que empiece a chamuscarme.

Noticia de última hora al mediodía.

El locutor de la televisión informaba:

—El banquero Armstrong, presidente del Comarcal ha denunciado que esta mañana ha sido víctima de un atentado. Alguien consiguió llegar hasta el balcón de su dormitorio y disparó dos balas de revólver contra él. Al oír los disparos, su criado Adams subió y encontró al banquero tendido en el suelo, mientras alguien huía por el balcón, saltando al jardín. La policía está investigando el nuevo suceso que, por supuesto, cree relacionado con el atraco. De momento, no se ha hecho ningún comentario oficial del caso.

Jud cerró el televisor.

—¿Quién diablos maneja todo esto? —murmuró.

Tomó el magnetófono y se puso a la escucha. El disparo automático saltó y pudo oír la siguiente conversación:

—¿Qué has averiguado? —preguntó la voz que Jud reconoció como la de Hellen Masson.

El que contestaba le pareció que era el individuo que le había sido presentado como Baxter.

—Vive en el 82 de Northside.

—¿Sola?

—Sí. Pero ese Jud Cregan estaba con ella. Le vi salir.

—Jud Cregan, ¿eh? Bien, Alan, tenemos que actuar.

—Las cosas están muy mal ahora. Creo que sería mejor desaparecer durante una temporada. Nadie se extrañará de que después de lo ocurrido...

—No, Alan, no es momento de vacilaciones. Hay que llegar hasta el final.

—Preferiría esperar a que la policía dejara de husmear.

—No te pago para que esperes, Alan...

—Está bien. Dame instrucciones.

—Pasa al despacho.

Pudo oír hasta los pasos de la pareja alejándose. Maldijo el no haber puesto un tercer micrófono en el despacho. Ahora no sabría lo que estaba tramando la viuda Masson, aunque una pista era segura.

Northside, 82 era el domicilio de Lorna Diamont.

¿Qué pretendían hacer con ella?

CAPÍTULO XIV

Tenía que burlar la vigilancia de la policía y proteger a Lorna. Ambas cosas no eran muy compatibles, pero Jud pensó que era necesario arriesgarse.

Salió a la calle y comprobó que el policía le seguía los pasos. Se metió en un bar para llamar por teléfono. Marcó el número de Lorna.

—¿Puedes pedir unas vacaciones anticipadas? —preguntó de pronto.

—¿Vacaciones?

—Reúnete conmigo en el Club Ontario...

—Ahora no puedo. Tengo que posar para unas fotos. Me llevará por lo menos un par de horas. No estaré libre hasta las tres.

—Está bien, pues a las tres en el Ontario. Y entretanto, ten cuidado.

—¿Y? ¿De qué tengo que tener cuidado?

—No hay duda de que la Masson es Laura Driscoll. Han averiguado dónde vives. Procura no quedarte sola nunca. Cuando nos reunamos te diré lo qué vamos a hacer.

Colgó. Pensé que lógicamente Lorna estaría sobre ascuas. Quizá había llegado el momento de decirle la verdad.

Pero Jud ignoraba de la forma que los acontecimientos se iban precipitando.

Porque en aquellos momentos, en el despacho del capitán de detectives, Barton, Frank acababa de llegar del laboratorio.

Las balas que se incrustaron en la pared del dormitorio de Armstrong, son las mismas halladas en el cuerpo de Harry Masson.

Baton miró la pistola automática que tenía sobre la mesa.

—El asesino es un coleccionista de armas... —Hizo una pausa y luego murmuró—: Bien, nuestra única pista es su amigo Cregan.

Frank bajó la cabeza y se dejó caer en una silla, echándose el

sombrero hacia atrás.

—Sé lo que piensas, Skinner, pero la única prueba que poseemos es que las huellas del papel en que estaban envueltos los dos mil dólares encontrados en el coche y las del libro que le pedí anoche a Cregan coinciden.

—Déjeme ir a mí, capitán.

—Tome el coche y llévase a un par de hombres. Entre usted sólo si quiere, pero tenga cuidado.

—Me cuesta aceptar que Jud sea un asesino.

—Pero la automática es suya, ¿verdad? No hay huellas, pero es suya...

—Por lo menos, creo haberla visto un par de veces en su casa, pero no es única.

—Entonces, ¿por qué no nos muestra la suya? ¿Y por qué despistó al agente que lo seguía? ¿Y esas llamadas desde los bares para evitar la posibilidad de que podamos escucharle mediante control de su teléfono?

—Sí; Jud se está comportando de un modo extraño.

El capitán sonrió con cierta amargura.

—Usted mismo aceptó desde la primera llamada anónima que su amigo pudo haber sido capaz... No lo dijo, pero le conozco, Skinner, casi tanto como usted cree conocer a Cregan.

—Nunca creí que llegara a poner en práctica ninguno de sus experimentos. No sé... Creo que nunca se llega a conocer bien a las personas.

El capitán le extendió un papel.

—Aquí tiene la orden de detención. No he dicho nada a la prensa para no ponerle en guardia. Tráigalo. Le haremos hablar.

Frank, sin decir nada, salió del despacho.

Jud se sentía inquieto. Había tratado de ponerse a la escucha a través del receptor, pero no pudo captar la menor señal de la casa de Masson.

Consultó el reloj. Las doce cuarenta.

Ignoraba que tres esquinas más allá, avanzaba el auto en que viajaba el teniente Skinner. Ignoraba que su detención era inminente. Que iban a acusarle de asesinato.

Llamaron a la puerta.

Dudó un momento y decidió abrir.

Apareció un mensajero.

—Un paquete para usted. —Le entregó una caja pequeña plana.

—¿Quién lo envía?

—No lo sé, señor.

Miró la gorra del mensajero: «Mensajerías Presley».

Dio una propina al joven y cerró la puerta, examinando ten el paquete. Al fin decidió desatarlo. Quitó el cordel y envoltorio de papel de embalaje. Lo arrojó al suelo. Abrió la caja y...

¡Un revólver! Un «Colt» calibre 38, automático.

Lo tomó.

¿Quién podía enviarle aquella arma?

Empezó a comprender. ¡El arma homicida! Sí... El arma que había matado a Masson y posiblemente la misma con que habían atentado contra Armstrong.

Querían cargarle los asesinatos y ahora hasta se atraían a enviarle el arma homicida en su casa. Ya no emplean sutilezas. Aquel revólver era la prueba contundente que querían cazarle.

Pensó, pensó... ¿Quién podía obrar desde la sombra?

Siempre acudía el mismo nombre a su mente: Laura Driscoll, o sea, Hellen Masson.

Tenía que averiguar quién le envió aquel revólver.

««Mensajerías Presley», pensó.

Salió de la casa con el revólver en el bolsillo.

En aquel preciso instante el coche del teniente Skinner se detenía frente al edificio.

CAPÍTULO XV

Jud vio al teniente cuando bajaba el último tramo de escalera. Volvió a subir. No presagiaba nada bueno.

No podía meterse en casa y en su apartamento no existía salida de emergencia.

Subió a la azotea. Necesitaba escapar y pensó utilizar el mismo método que puso en práctica en casa de Harry Masson.

Skinner subía sólo la escalera.

A grandes zancadas, Jud llegó a la azotea. Saltó a la casa vecina, luego a la última —junto a la esquina— que tenía dos cuerpos. El más bajo estaba dos pisos por debajo. Jud tuvo que deslizarse por una tubería.

Skinner ya estaba en la azotea.

El policía de la calle le había dicho:

—No. No salió.

—Debió vernos venir y se largó. Sólo hay un sitio, y Skinner no vaciló en subir al terrado.

Jud se dio cuenta. Saltó hacia el primer cuerpo del edificio y corrió en dirección a la puerta.

Estaba cerrada. Tuvo que forzarla. Aquello se había convertido en una auténtica persecución.

La puerta cedió cuando Jud cargó contra ella.

Bajó rápidamente la escalera y salió a la calle en la misma esquina.

Corrió a grandes zancadas y alcanzó a tomar un autobús.

Miró hacia detrás. Todavía no le seguían, pero no podía confiarse.

Saltó a la siguiente parada y se perdió por un callejón.

Más tarde, en un bar, buscó en el listín telefónico el número correspondiente a «Mensajerías Presley».

Diez minutos después, el encargado de las mensajerías le

atendía.

—¿Su paquete? Fue una llamada telefónica. Tuvimos que recogerlo en un bar de la calle Oeste.

—¿Qué bar?

El dependiente consultó una libreta.

—Bar Van Delon, creo que le llaman Bar del Holandés.

Hizo una seña al botones, que apareció. Jud le reconoció. Era el mismo que le había llevado el paquete.

—Explica a este señor dónde recogiste el paquete.

—En la calle. Me dirigí al bar, pero antes de llegar a la esquina me entregaron su paquete con las señas.

—Descríbeme al hombre que te lo entregó.

—No era un hombre.

—¿Una mujer?

—No, señor. Un chico, como yo, más o menos, de unos catorce años.

Jud comprendió. ¡Un chico! Alguien debía de haber entregado el paquete al chico encargándole que lo diera al mensajero.

—¿Reconocerías a ese chico?

—Sí. Es posible...

—Bien, si quieres ganarte veinte dólares, cuando termines el trabajo, ve a la calle Oeste y trata de localizarle.

—Si lo consigo..., ¿qué quiere que haga?

—Averigua dónde vive. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Por veinte dólares. ¡Ya lo creo! Oiga..., ¿no será de la policía, eh?

—¿Tienes algo contra los policías?

—¡Oh, no! Pero me gustaría colaborar en algo importante. Este trabajo es muy monótono y las propinas cada vez escasean más.

Hablaban aparte, lejos de los oídos del encargado.

—Haz lo que te digo. ¿Adónde puedo llamarte?

—Ye iré yo a su casa. Recuerdo las señas.

Jud le tendió un par de dólares.

—Toma. Como anticipo. No vengas a mi casa. Yo te llamaré.

—En mi casa no tenemos teléfono, pero si llama al bar de Joe, me darán el recado. Está cerca de mi casa. Vivo en la Ribera...

Era un barrio humilde, a espaldas de las grandes fábricas y cerca del canal. Le convenía recordarlo.

Salió de la tienda.

Eran la una y quince minutos. No. Era mejor no regresar a casa. Estaba convencido de que la visita de Skinner y la subsiguiente persecución no tenían ya carácter amistoso.

Sólo tenía un sitio para ir: A casa de Lorna.

Conservaba la llave que ella misma le había dado. Sí, Lorna le quería, confiaba en él. Pensó que había sido una suerte encontrarla.

Salió a la calle y anduvo a pie, escogiendo callejones poco transitados hasta llegar a Northside.

Observó la natural tranquilidad de aquella zona residencial, y seguro de que nadie le seguía, surgió del pequeño parque situado frente a la calle y se metió en el portal del edificio.

Poco después daba la vuelta a la llave para abrir e coquetón apartamento de Lorna.

Al cerrar tuvo la imprecisa sensación de que no estaba solo. Su fino olfato percibió aroma de tabaco. Lorna no fumaba.

Avanzó hasta el saloncito. Otra vez aquella sensación imprecisa de algo que no estaba como de costumbre.

De pronto, oyó un ruido. Algo había caído en el dormitorio. Se acercó con cierto sigilo y escuchó atentamente pegado el oído a la puerta.

Silencio.

Iba a abrir, pero...

La puerta se abrió de golpe. Un hombre corpulento apareció, abalanzándose sobre él.

Jud pudo contener a medias al agresivo individuo, cuyo puño cerrado vio venir sobre él como un alud. Le alcanzó de refilón. Enseguida se puso en guardia.

¡Aquel tipo era Baxter! Le reconoció enseguida.

¿Qué estaba haciendo allí?

No tenía tiempo de contestar a aquella pregunta con el hombretón de nuevo atacándole.

Esquivó el golpe y descargó su izquierda contra el abdomen de su agresor. Baxter parecía de granito, ni siquiera acusó el impacto, pero Jud volvió a la carga. Tres golpes bien precisos, ahora sí que su contrincante sentía los efectos demoledores de los puños de Jud.

Aun así se mantenía firme. Un directo lanzando casi por sorpresa hizo tambalear al escritor, que cayó derribado.

Baxter no tenía una gran táctica, lo confiaba todo a su fortaleza física.

Se abalanzó sobre él y Jud pudo escurrirse a tiempo. Baxter cayó sobre el suelo por su propio impulso. El escritor saltó encima de él y le golpeó con dos precisos golpes de karate. Baxter quedó como atontado.

Jud se levantó y sacó del bolsillo de la chaqueta el revólver que había recibido del mensajero:

—¡Quieto!

Baxter iba a levantarse.

—¡He dicho quieto! Quiero oír tu voz, amigo... Estás en casa ajena... Debes tener mucho de qué hablar.

—Usted es cómplice de Lorna, ¿verdad? —preguntó el tipo desde el suelo.

—¿Cómplice? No sé de qué me hablas.

—Oiga... Usted me ha cogido, yo no puedo hacer nada, pero preferiría tratar este asunto amigablemente.

—¿Amigablemente? No me recibió muy amigablemente...

—¿Puedo levantarme?

—No... Hasta que no haya hablado. Sé que le envía Laura Driscoll...

—¿Usted sabe...?

—Que Laura Driscoll es la desconsolada viuda Masson. Y que usted trabaja para ella.

Baxter pareció atónito. Luego, con los codos apoyados en la alfombra y su pose ridícula, pareció encogerse de hombros:

—Cumpló con mi deber, amigo.

—¿Su deber?

—Si me deja meter una mano en el bolsillo..., le enseñaré mi credencial. Soy detective privado. Licencia 979 de Nueva York.

—¿Y qué está haciendo aquí?

—Buscar pruebas contra Lorna Diamont.

—Esto tiene gracia. Las pruebas las tiene en casa de Masson. ¿Qué puede esperar de una mujer como ella?

—Oiga... La señora Masson se confió a mí. No sé qué insinúa usted, pero sepa que lo que trato de averiguar es quién estaba tratando de hacerle chantaje a su marido...

Jud quedó pensativo.

¿Sospecharían de Lorna?

CAPÍTULO XVI

No es que Jud y el detective acabaran por hacerse íntimos amigos, pero el escritor decidió darle un margen de confianza.

—Mi cliente había observado que su marido últimamente estaba inquieto.

—Más debía estarlo ella si recibió la nota amenazándole con descubrir su verdadera personalidad.

—No lo crea. Ella le confesó la verdad a Harry. Me lo dijo.

—Y usted la cree sin vacilar, ahora que Harry ya no puede declarar.

—¿Por qué iba a mentirme?

—¿No se le ha pasado por la imaginación que puede tener algo que ver con el atraco al Banco..., bueno, con los asesinatos?

—¡Es curioso! —exclamó Baxter—. Ella opina exactamente lo mismo de usted...

—Veamos, Baxter... ¿Cuándo dice la Masson que recibió la nota?

—Era la segunda en un mes. Primero pidieron cinco mil y esta vez veinticinco mil. Por cierto..., la segunda nota la guardaba Harry... Hemos buscado inútilmente cierto papel amarillo. ¿No lo tendrá usted por casualidad?

—¿Y si lo tuviera?

—Podría probar dos cosas. Una: que usted estuvo en casa de Harry el día que lo mataron y, otra, que tenía mucho interés en recobrar la nota...

—Lo cual me situaría como cómplice en el chantaje, ¿verdad, Baxter? —Y se apresuró a añadir—: No, amigo. Su olfato le ha engañado. Yo no tengo nada que ver.

—Entonces sólo puede ser Lorna Diamont.

—Lorna no reconoció a la Masson. Ya hice que la viera...

—Y usted la cree, ¿verdad?

Ahora era el detective que le devolvía la pelota.

—Baxter... Han habido tres muertos en este asunto... Usted no querrá convertirse en cómplice de tres crímenes, ¿verdad?

—No hay ninguna prueba contra nosotros, señor Cregan —replicó el detective, que parecía haber recobrado su tranquilidad—. En cambio a usted no tardará en buscarle la policía, si no lo hace ya...

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Mi cliente, la señora Masson, declaró en mi presencia que últimamente usted y su marido se veían con bastante frecuencia.

—¿Y eso qué prueba?

—Que desde estos contactos el difunto señor Masson comenzó a dar pruebas de inquietud, al margen de las notas del chantajista.

—¿Y qué más?

—Nada más excepto que la policía pareció muy interesada en todo esto, señor Cregan.

Jud pensó un instante.

—Esta conversación no nos llevará a ninguna parte, pero tenga cuidado, Baxter, no quiero volverle a ver rondar la casa de Lorna.

—¿Me amenaza?

—Tómelo como quiera.

—Bien. Sólo puedo darle un consejo... Si no tiene nada que ver en el asunto del chantaje apártese de Lorna Diamont.

—Haré lo que me plazca, Baxter.

—Excepto llamar a la policía.

—¿Por qué no? Quizá le interesaría saber que la señora Masson es Laura Driscoll. Su cliente, Baxter, parece muy dispuesta a evitar que salga a relucir su pasado.

—A nadie le gusta que le saquen los trapos sucios a relucir. Ella se vio envuelta en un feo asunto, pero aquello ya pasó. En vida de su esposo un escándalo de esa índole pudo haber hundido a su marido.

—¿Y una vez muerto?

—Está lo del Banco. No quiere verse mezclada dadas las circunstancias. Por eso me pidió ayuda.

Jud quedó pensativo. Baxter le observó:

—Mire, Cregan, hagamos un pacto. Mi cliente quiere conservar oculto su pasado. Si ha pensado en desvelarlo, no lo haga. Silencio

por silencio.

Jud arqueó las cejas interrogadoramente. El detective prosiguió:

—Observo que usted está muy interesado en evitar que no le vean con Lorna. No voy a entrar en detalles. Yo no digo que Lorna y usted son amigos y usted a cambio guarda silencio con respecto a la señora Masson.

—Cree que me tiene cogido, ¿eh?

Baxter se levantó.

—Trate del asunto con Lorna, quizá a ella le interese también guardar silencio.

Jud le dejó marchar. No podía retenerle, ni entregarlo a la policía. El asunto continuaba llevándolo a su manera.

Ante todo debía descubrir al criminal, luego ya confesaría, pero cuando pudiera presentar pruebas de su inocencia en los tres asesinatos, sobre todo en los dos primeros...

Quedó solo en la casa de Lorna y reflexionó sobre los últimos acontecimientos.

Había cierta lógica en lo que había dicho el detective. Hellen Masson buscaba al —o a la— chantajista y había puesto los ojos en Lorna por el hecho de que todo empezó cuando Lorna llegó a Buffalo.

Pero las cosas podían mirarse de otra manera. Dejando aparte lo del chantaje.

La Masson, enterada por su marido de lo que él. —Jud— se propone, con la complicidad de otra persona. —Baxter tal vez— va al Banco, entra —con la llave de Harry— y se lleva el dinero. En aquel momento despiertan los guardianes y no tiene más remedio que matarlos.

Hellen supone que Jud sospechará de su marido, quizá los dos hombres lleguen a encrespase y uno de los dos. —Harry el más probable— acabará confesando. Ella se verá mezclada. La policía empezará a hacer preguntas y está lo del chantaje de por medio. Descubrirán que estuvo implicada en el asesinato de un banquero; por tanto, lo más práctico es deshacerse de su marido y procurar que las pruebas se amontonen sobre Jud.

—Sí —murmuró Jud para sí—, la idea tampoco es descabellada.

Pero le tenían cogido. Carecía, de pruebas y le sabían solo. Sólo con la policía pisándole los talones. ¿Quién iba a creerle en el caso

de que se diera por vencido y confesara?

No podía presentar siquiera la carta que dejó como prueba a Graham, el periodista. En ella revelaba todos sus planes, en los que no entraba el asesinato ya que, por el contrario, anunciaba la devolución del dinero.

¡Quedaba la copia!

Pero no era lo mismo... La carta, lacrada, la guardaba un testigo que no habría vacilado en afirmar que le fue entregada dos días antes de consumarse el robo. La copia, en cambio, podía haberla hecho Jud en cualquier momento para desconcertar a la policía. Sí, eso creería el jurado.

Detuvo sus pensamientos. Eran las dos y media de la tarde, tenía que llamar a Lorna para decirle que en vez de en el Club Ontario se reunirían en su propio apartamento. Tal como estaban las cosas era mejor no moverse de allí.

Marcó el número del estudio publicitario.

—Quiero hablar con Lorna Diamont —dijo.

Le contestó una muchacha:

—Soy la telefonista. Lorna no está.

—¡Pero si me dijo que tenía trabajo hasta las tres! ¿Sabe a la hora que salió?

—Lo preguntaré.

Jud esperó. La respuesta tardó un par de minutos:

—No ha venido, señor. La señorita Diamont no tenía que posar esta tarde.

—Pero... —Jud quedó perplejo. Si ella misma le había dicho...

—¿Quiere algún recado para ella, señor? —preguntó la voz.

Jud dijo que no y colgó. Estaba atónito.

¿Por qué le había mentido Lorna?

CAPÍTULO XVII

A Jud le hubiese extrañado bastante ver salir a Lorna Diamont del apartamento de los Masson, justo a la misma hora que él estaba esperándole.

Lorna parecía feliz. Tomó un taxi en la esquina y se hizo conducir a su domicilio.

Entretanto Jud curioseaba por el apartamento. Del cajón de un mueble extrajo una foto. Había en ella tres chicas. En realidad sólo conocía a una. Era la propia Lorna, pero algo más joven, aunque no muy cambiada.

Miró detrás. Estaba tomada ocho años antes.

Se fijó bien en las dos compañeras de foto de Lorna. Una debería tener la misma edad que tenía ella entonces, la otra era rubia platino y de más años. Ocho o diez, calculó Jud.

Se entretuvo con aquella foto, especialmente contemplando a la rubia.

Lamentó no tener a mano la lupa de aumento. Aquel rostro no le era del todo desconocido.

¿Laura Driscoll? ¿Por qué no?

—Laura tendrá ahora treinta y tres o treinta y cuatro años... Más o menos los de la señora Masson. Sí, podría ser ella...

Una llave se introdujo en la cerradura. Jud guardó la foto y esperó.

En la puerta apareció la sorprendida Lorna:

—¡Jud! Quedamos en que me esperarías en...

El la atajó:

—Ha habido un cambio de planes. ¿Cómo ha ido por el estudio?

Ella sonrió:

—Lo de siempre...

Jud la miró fijamente. Ella se quitó el abrigo de entretiempo y murmuró:

—En cinco minutos estoy lista. Venía a cambiarme.

—No iremos al club. Quería hablarte aquí mismo, pero me parece que ya no es necesario.

La mirada inquisidora de Jud llamó la atención de la muchacha:

—¿Qué te ocurre?

—Nada, Lorna. Será mejor que me vaya, pero antes me gustaría saber... lo que has hecho.

Ella sonrió:

—¡Ah, ya! Comprendo... Has llamado.

—Sí. He llamado.

—No. No he ido al estudio.

—¿Por qué ese misterio?

—No hay ningún misterio, Jud.

—Me has mentado...

—Yo no te hago preguntas a ti, Jud, ¿verdad? Desde que nos vimos me estás hablando en clave. Yo confío en ti. —¿Confías en mí?

—Sí, Jud... Y ahora sabrás lo que he hecho si tanto te interesa.

—Bueno, estoy un poco nervioso. No hagas caso, pero... —Sacó la foto y se la mostró a Lorna—. Es ella, ¿verdad? ¿Es Laura Driscoll?

—¿Has estado registrando mi apartamento?

—Sólo curioseé...

—Está bien. Sí, es ella.

—¿Y esta mañana la has reconocido?

Lorna asintió:

—No estaba muy segura, pero hay algo que no te dije... Ya la había visto antes y ella me miró. Fue un día por la calle. Sé que se fijó mucho en mí y yo tuve la sensación de que era Laura...

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tú sospechas que ella ha hecho algo malo.

—Cómplice por lo menos de uno de tres asesinatos.

—Estás equivocado, Jud.

—¿Y tú cómo puedes estar segura?

—Acabo de salir de su casa.

—¿Has ido a verla?

—Sí.

—¿Qué traéis entre manos?

—No seas tan desconfiado, Jud. A pesar de su egoísmo, a pesar de las pequeñas cosas que me hizo, éramos amigos. Parte de lo que le ocurre es culpa mía.

El arqueó las cejas. ¿Qué estaba tratando de explicarle Lorna?

—Llevo en Buffalo poco tiempo, ya lo sabes... Mi encuentro con Laura tuvo lugar al segundo día de mi llegada. Entonces ocurrió algo a lo que no concedí ninguna importancia. Fue a la tarde siguiente al salir de la tienda de modas. Me topé con alguien. Al principio no le recordaba muy bien, pero él me refrescó la memoria. Me dijo que había trabajado en los almacenes y entonces le reconocí. Me acompañó un rato y tomamos unas copas.

—¿Quién era?

—Sólo sé su nombre. Johnny. Es curioso... Consiguió embaucarme hablando de los viejos tiempos. En la conversación salió a relucir Laura. Me dijo que él creía que estaba en Buffalo y que era la mujer del director del Comercial.

»Yo le conté que había visto a una persona de un cierto parecido y él me contestó que entonces ya no le cabía la menor duda, que se trataba de Laura y que vivía con nombre supuesto y con una operación de cirugía estética.

—¿Qué pasó después? —inquirió Jud tras el silencio de la muchacha.

—Nada. Algunas veces pensé en Laura y hasta estuve a punto de buscarla, pero me dije: «¿Para qué?». Si ella quiso borrar su pasado yo no tenía ningún derecho a impedirlo. Por otra parte, llevaba tanto tiempo sin verla... Fui olvidando poco a poco todo aquello.

—¿Y a ese Johnny? ¿Has vuelto a verle?

—No. Pero al hablarme tú de que alguien trataba de hacerle chantaje recordé algunas cosas de él. De Johnny. Cosas que ya tenía olvidadas. En realidad cuando yo trabajaba en los almacenes no nos tratábamos mucho. El era mayor y..., en fin, lo que importa es lo que recordé. Ese Johnny fue despedido por algo que quedó poco claro. Sé que intervino la policía.

—¿Y fuiste a ver a Laura Driscoll para hablarle de esto?

—Sí. Johnny parecía tener mucho interés en localizarla. El puede ser el autor del chantaje.

—Debiste decírmelo.

—Primero quería estar segura. Tú me dijiste que me pusiera en

guardia. ¿Recuerdas? Pues ya lo hice. Si Laura podía tener alguna sospecha de mí quise poner las cosas en su sitio. Por otra parte, no tengo ya nada contra ella. Lo pasado, pasado, y considero que una persona tiene derecho a guardarse del escándalo.

—Bien..., planteadas así las cosas...

—Jud, no lo tomes a mal. Yo intentaba ayudarte. Te lo habría contado de todos modos, pero me sorprendió tu presencia aquí y la forma de acogerme. Tu desconfianza.

—Está bien. No hablemos más. Si te crees segura no es necesario que te hable de mi plan. Sólo pretendía sacarte de aquí. Irnos los dos a algún lugar durante una temporada.

—Eres tú el que necesitas irte, ¿verdad?

—La policía me persigue —murmuró él.

—Lo sé. En el taxi pasé por delante de tu casa. Había varios policías.

—Yo no soy un asesino. Jugué con fuego. Una simple broma, pero las cosas se han complicado.

—Si no tienes nada que temer, ¿por qué no recurras a la policía?

—No. No me creerían.

—¿Y en mí tampoco confías? —murmuró ella, acercándose insinuante.

El la tomó entre sus brazos. Sus labios eran una invitación al beso y Jud no pudo resistir.

—Aquí nadie te buscará, Jud. Puedes quedarte el tiempo que desees...

—Lorna... Siento haber dudado de ti.

—Vamos. Te prepararé algo. No debes haber almorzado.

—No tengo apetito. Lo que necesito es encontrar pronto al culpable de todo lo que ocurre.

—Ahora no pienses en nada. Mira qué ojeras tienes. Descansa. Es peligroso que salgas, a menos que sea para entregarte.

—No. Eso no —replicó firmemente Jud.

Sí. Tenía que confiar en ella. Era la única.

CAPÍTULO XVIII

Lucrecia se dio perfecta cuenta de la llegada de Frank Skinner.

El policía ni siquiera tuvo que llamar.

—Pasa, Frank —murmuró ella abriéndole la puerta. El teniente cruzó el umbral y ella cerró:

—¿Te has enterado de lo que ocurre?

—Sí —murmuró la joven. Tenía el periódico de la tarde sobre la mesa. La noticia de la desaparición de Jud Cregan, sospechoso del atraco al Banco había sido difundida a la Prensa—. ¿Vienes a hablarme de esto?

—¿Has vuelto a ver a Jud?

—No.

—Está escondido en alguna parte.

—Aquí no.

—Si por casualidad viniera...

—Tengo que denunciarlo. ¿Es esto lo que quieres decirme? —
Aun lamentándolo mucho, sí.

—¿Crees de veras que es responsable de lo del Banco? —
aventuró Lucrecia.

—Las pruebas le acusan.

—¿Y sabéis cómo consiguió abrir la caja fuerte?

—Nos lo dirá cuando le tengamos en nuestro poder.

Se hizo un silencio un tanto embarazoso. Ella lo cortó:

—¿Y sólo has venido para esto?

—Esto era una de las cosas que quería decirte. La otra... —
Bueno, habla. ¿Tan difícil es?

—Lucrecia, ¿dónde estabas la noche en que atracaron el Banco?

—¿Qué es lo que supones, Frank?

—Lucrecia, dime la verdad. Aquella noche yo estaba de guardia. No supe lo ocurrido porque no se descubrió hasta el lunes cuando Harry Masson fue a abrir.

—¿Y qué?

—Yo pedí permiso un par de horas... De pronto había sentido la necesidad de verte. La noche era tranquila y me estaba aburriendo. El capitán accedió.

—¿Y viniste a mi casa?

—Sí. Tú no estabas. Era más de la una. Los cines habían cerrado.

—No sabía que tuviera que dar cuentas de mi vida, Frank. Y me molesta que me lo hayas preguntado.

El teniente bajó la cabeza. Le dolía todo aquello, pero su conciencia le empujaba a obrar así.

Recordaba la declaración de Armstrong. Una chica medio desnuda se le había metido en casa. Estuvo hasta las dos y media. Dijo que vivía en Nueva York y había perdido el último autobús y el último tren. Una chica medio desnuda...

Sí. Cabía la posibilidad de que una banda de gamberros, atacaran a una muchacha, pero precisamente aquella noche...

Hay mujeres dispuestas a todo por dinero, pero... «Una muchacha que parecía de buena familia. —El teniente iba recordando la declaración del banquero—. Una muchacha con aplomo», se repetía para sí. Parecía el retrato de Lucrecia. Siempre con aquella mirada entre asustada y tímida, pero siempre también dueña de sí misma.

Por la descripción también podía incluirse a Lucrecia como sospechosa, pero eso era lo que menos contaba teniendo en cuenta lo fácil que resultaba para una mujer cambiar su fisonomía con el peinado y el maquillaje.

La estatura, un metro sesenta y cinco, según Armstrong, tampoco decía nada definitivo. Millones de muchachas tenían la misma estatura.

—¿Qué es lo que estás pensando? —preguntó Lucrecia al policía, interrumpiendo así sus pensamientos.

—Lucrecia, ¿tú no conoces al banquero Armstrong?

La pregunta le cogió de sorpresa. Pero supo sobreponerse:

—No.

—¿Estarlas dispuesta a un encuentro con él?

—¡Esto ya es demasiado, Frank!

—Podría mentirte, Lucrecia. Podría decirte que tenemos a Jud y que ha confesado que tú eras su cómplice. Es una táctica bastante

empleada para probar a los sospechosos durante los interrogatorios. Contigo no lo he hecho.

—Entonces confiesas que soy sospechosa.

—Si no tienes nada que temer, acompáñame. Ahora son las siete. Dentro de un par de horas estarás de vuelta. Sólo quiero enfrentarte con Armstrong.

—¿Y si me niego?

—Nada tengo contra ti, pero... oficialmente.

—¡Ah! Oficialmente.

—Lucrecia. Voy a contarte algo. Algo que el más tonto no dejaría escapar. La caja fuerte del Banco Comercial sólo puede abrirse retrocediendo el reloj de control que Armstrong guarda en su caja fuerte particular. Y luego pronunciando la palabra clave que suelta la combinación.

—Según leí —replicó ella— esa palabra sólo obedece si es pronunciada por la propia voz del banquero.

—Sí.

—Pues entonces... ¿Pretendes que una chica pueda obligar a un hombre como Armstrong a desvelar su secreto?

—Un hombre como Armstrong... ¿Luego le conoces?

—Por la televisión —respondió ella, muy serena—. Se ha hecho muy popular estos últimos días. Parece un tipo enérgico.

—Pero con unas copas de más y una mujer que sepa «trabajarle» puede soltar la lengua...

—¿Lo ha dicho él?

—Ningún hombre confiesa sus debilidades. Y mucho menos sus errores. Sobre todo si ese hombre es banquero...

—Bien, Frank... Si no tienes nada más que decirme.

—¿Es que no quieres ayudarme?

—Como sospechosa no, Frank.

—Está bien. Esto puede llegar a ser oficial. Si lo es tendrás que enfrentarte con Armstrong.

—Llegado el momento, lo haré.

—Lucrecia... Si fueras ahora disiparías muchas dudas.

—Ya. Y si Armstrong me reconociera entonces tú lo arreglarías para que todo pareciese una confesión espontánea, ¿verdad?

—Sí —replicó él.

—Muy generoso. Si has terminado vete, Frank. Te lo ruego.

—Lo siento, Lucrecia —murmuró él.

Poco después abandonaba la casa.

A solas Lucrecia se dirigió al teléfono. Marcó un número. El zumbido del timbre sonó varias veces pero nadie cogió el aparato.

El teniente volvió a llamar. Ella sintió un escalofrío, pero abrió la puerta. Sabía que era él porque le vio a través de la ventana.

—¿Has conseguido una orden de detención contra mí? —preguntó con sarcasmo.

—No... Pero he recordado algo... Cuando Jud dijo que no había venido a verte nombró a otra mujer. De pronto la he recordado, quizá fue una excusa, pero tengo que seguir todas las pistas. El nombre era Lorna Diamont.

—¿Y qué?

—Bueno... Para que veas que mis sospechas no son sólo para ti.

—No conozco a ninguna Lorna Diamont.

—Bien. Lo suponía. Nada más.

Lucrecia se extrañó. ¿Sólo había vuelto para decirle aquello?

Le vio dirigirse nuevamente hacia el coche y alejarse en dirección Este, por el mismo lado de la calle que ocupaba la pequeña casa.

Lo que Lucrecia no vio fue cómo el policía doblaba la segunda esquina y detenía el coche para tomar una revista que tenía en el asiento de al lado.

Era una revista femenina. En una de las páginas aparecía Lorna retratada anunciando una máquina de lavar platos.

—¡Lorna Diamont! —exclamó para sí.

Bajó del auto y se dirigió caminando hacia la cabina pública situada en la esquina.

Mientras marcaba el número pensó en las casualidades.

Recordaba la escena ocurrida aquella mañana cuando salió de su casa después de haber dormido un par de horas y haberse duchado.

Entró un momento a ver a su vecina. Una mujer entrada en años, inválida. Le tenía afecto. Charlaron un par de minutos:

—¿Quiere que le traiga algo?

La mujer tenía una asistenta que le hacía compañía durante algunas horas, pero el resto del tiempo lo pasaba sola.

—Hogar moderno. Sale los martes.

—¡Oh, sí! Como siempre...

—Tome el dinero, hijo...

—No se preocupe de esto...

No era la primera vez que Frank compraba aquella revista. Y lo hizo precisamente en Kentville.

Al dejar a Lucrecia decidió esperar dos manzanas más allá de su casa y observar si ella salía. Se le ocurrió ojear la revista y allí encontró a Lorna Diamont. Jud la había nombrado. Sería fácil dar con ella. Quizá era el escondrijo del escritor.

Entonces se le ocurrió ir de nuevo a casa de Lucrecia para hablarle de Lorna.

«Si son cómplices —pensó—, lo primero que hará será tratar de localizarle. Jud no está en su casa. Es posible, por tanto, que sepa algo de esa Lorna, en cuyo caso hará por ver a Jud, toda vez que no le conviene que le atrapen».

Frank estableció la comunicación telefónica. Desde la cabina podía ver la casa de Lucrecia.

¡Y vio cómo ella salía! Pero entonces no podía soltar el teléfono. Le interesaba que localizaran a Lorna.

Habló con el sargento de guardia del puesto de policía.

Le dio instrucciones.

Tardó dos preciosos minutos. El sargento tomó nota y dijo que pasaría aviso al capitán.

—Es posible que en el domicilio de la modelo esté Jud. Vayan prevenidos —advirtió finalmente el teniente.

Luego salió de la cabina y se lanzó hacia su coche para seguir a Lucrecia.

Pero cuando llegó a la calle central y miró en ambas direcciones no encontró el menor rastro de ella.

CAPÍTULO XIX

Siete y treinta minutos en el despacho del capitán Barton.

—Aquí están los datos: 82 de Northside —hablaba con un par de agentes de paisano, a los que dijo—: Cubran la manzana y vigilen el parque. Es posible que Jud esté en esa casa.

A la misma hora Jud y Lorna seguían en el apartamento. Hablaban de viejos tiempos.

Jud tenía los pensamientos lejanos:

—Tengo que ir a mi domicilio. El magnetofón puede revelarme algo. Es mi único camino.

—Estoy segura de que sigues una pista equivocada, querido. Laura puede ser una mujer ambiciosa, pero esta tardé cuando la he visto estaba abatida.

—Pues yo la he visto siempre muy serena.

—A las mujeres no se nos escapan tan fácilmente los detalles como a los hombres. Ella quería a su marido y con él tenía asegurado su porvenir.

—Bueno. Ahora heredará...

—Pero fíjate a lo que se expone con su pasado... No, Jud. Yo creo que te equivocas.

—¿Qué dijo cuando le hablaste de Johnny?

—Quedó un momento pensativa y pareció recordar algo, pero nada me dijo. Excepto que hablaría con un detective privado que tiene contratado.

—Ya le conozco.

—Parecía más tranquila. Dijo que conservaba una foto de Johnny... ¡Espera! Yo creo que también tengo una... No sé... Buscaré.

Revolvió los cajones. La foto no aparecía.

Los dos coches de la policía habían salido ya en dirección a la

calle Northside.

Si Lorna no se daba prisa en encontrar aquella foto...

Salieron varias fotos, pero ninguna era la que buscaba Lorna.

El auto circulaba ahora por la calle principal. Las luces de establecimientos, bares y *dancings* estaban encendidas. El crepúsculo invadía la ciudad lentamente.

Lorna se daba casi por vencida.

Los coches, por orden del capitán, dejaron de hacer funcionar sus sirenas para no poner en guardia a la «caza» que perseguían.

—Espera —murmuró Lorna—. Creo que ya sé dónde está.

Buscó en su dormitorio. Del armario sacó un bolso viejo.

Los coches doblaban la esquina anterior a Northside.

Lorna sacó del bolso algunos viejos recuerdos:

—Pues yo diría que no hace mucho que la vi...

Los coches estaban ya en Northside.

—Es la cuarta manzana —dijo uno de los agentes consultando un mapa.

—Que den un rodeo los de la patrulla.

El sargento pasó aviso a través de la radio.

—Aquí está —dijo triunfante la muchacha.

Sacó una vieja foto. Era un grupo de los almacenes:

—Es de la fiesta anual.

—¿Dónde está Johnny?

—Espera, déjame ver —pidió ella tomando la foto.

Los coches-patrulla rodeaban la manzana y el parque.

El capitán dijo:

—Nos detendremos en la otra esquina. Los que nos siguen que lo hagan en la anterior.

Sólo les faltaba un par de manzanas. Todo se sucedía simultáneamente.

Lorna señaló a Johnny:

—Éste es.

—Déjame ver...

A pesar de los ocho años transcurridos, Jud le había reconocido. Primero fue solo una leve sospecha, luego sus cejas se arquearon y a punto estuvo de dar un salto.

—¿Sabes quién es?

—¡Adams!

—¿Adams? No recuerdo...

—No importa. Debe haber cambiado de nombre. Pero es Adams, el criado de Armstrong... Le conozco bien. —Pensó en el tiempo que había estado observando la casa para poder entrar—. Tengo que irme.

—¿Qué vas a hacer?

—Conseguiré hacer salir a Adams. Le haré confesar. ¡Maldita sea! Debió haberseme ocurrido... Adams trató de sacar dinero de la Driscoll y puede que la noche del viernes viera algo y... ¡Claro! Tengo que hacerle hablar.

El timbre de la puerta sonó insistentemente. Jud sintió que el corazón le daba un vuelco.

Enseguida volvió a sonar el timbre.

—Espera —murmuró ella, indicándole el dormitorio.

Una voz al otro lado de la puerta ordenó:

—¡Abran en nombre de la Ley!

—La policía —dijo en un susurro Jud.

No había forma de salir de allí:

—¡Ahora no! Ahora no pueden detenerme...

Lorna trató de ganar tiempo:

—Déjenme que me vista al menos...

—Vacía el cenicero... No quiero que te compliques en esto. ¿No hay forma de salir?

Ella negó con la cabeza.

El timbre volvió a sonar.

—Muy temprano para acostarse, señorita Diamont. ¿Ése es su nombre verdadero? Soy el capitán Barton.

—¿Hay alguna ley que prohíba dormir, capitán? —preguntó ella.

El policía avanzó. Con una mirada general al aparte mentó daba la impresión de que todo estaba en orden.

—¿Está sola?

Ella afirmó con la cabeza:

—Pueden mirar si quieren. Si la policía busca a alguien yo no seré un obstáculo, pero terminen pronto, por favor.

Dos agentes pasaron al interior.

El capitán pareció que olía el ambiente a tabaco.

La joven lanzó una bocanada de humo.

—¿Fuma usted mucho?

—Nunca cuento los cigarrillos.

Los agentes salieron de la cocina y del dormitorio, respectivamente, haciendo un gesto indicativo de que no había nadie.

Uno se asomó por la ventana. Daba a la parte trasera del edificio.

En aquel instante, sujeto a una estrecha cornisa y con el cuerpo en el vacío, Jud aprovechó un hueco formado por el cuerpo del edificio para pasar desapercibido a los ojos de los policías.

Tenía que hacer un esfuerzo supremo para mantenerse. Los dedos le resbalaban.

Parte de la cornisa pareció ceder.

Durante unos instantes Jud sólo pudo mantenerse sujeto con una sola mano.

Sudaba copiosamente mientras bajo sus plantas se abría el vacío.

El ruido del pedazo de piedra al caer provocó la curiosidad del agente. Miró hacia abajo.

—Si me dice a quién buscan quizá pueda ayudarles. ¿No será a Jud Cregan por casualidad?

Aquel nombre hizo volver la cabeza al agente y salvó la vida a Jud, que ya no podía aguantar más.

Al ver desaparecer al policía, con un esfuerzo volvió a sujetarse y siguió por la comisa, que no tenía más saliente que cinco escasos centímetros.

Más allá había una pequeña terraza. Un piso más abajo. Si conseguía llegar y saltar...

Las terrazas en aquella parte estaban situadas a distintas rasantes. Podría saltarlas una a una hasta llegar al descampado de la parte posterior.

Entretanto la joven confesaba:

—Ha venido varias veces a visitarme, pero hoy no le he visto. Y por supuesto nada sabía de que tenía cuentas con la policía.

El capitán le hizo algunas preguntas. Ella supo contestar con aplomo. Por lo que no parecía existir ninguna prueba que la acusara como encubridora.

—Quizá tenga que molestarla otra vez. Desde luego queda

obligada a avisarnos si Jud Cregan viene a visitarla.

—De acuerdo, capitán.

El policía hizo una seña a los hombres y dejaron a Lorna sola, que lanzó un suspiro de alivio y soltó la tos que había estado aguantando a duras penas, producida por el tabaco.

Estaba segura de que Barton haría vigilar su casa.

Se dirigió al teléfono después de consultar un número en el listín.

Marcó y esperó.

—Laura... Soy Lorna —dijo al oír la voz.

—¿Eh? Te dije que no me llamaras por ese nombre...

—Oh, perdona... Bueno, vamos a lo que importa. Creo que esta tarde te he hecho un favor.

—Desde luego. ¿Es que pretendes cobrarlo?

—No. Únicamente que tú me hagas uno a mí...

CAPÍTULO XX

Jud no podía arriesgarse a tomar un taxi. Por eso eligiendo callejones y sitios concurridos corría a toda velocidad en dirección a la casa de Armstrong.

Al cruzar una calle concurrida, un voceador de periódicos daba las últimas informaciones:

—¡La policía busca desesperadamente a Jud Cregan! Última hora del Tribune.

La foto de Jud estaba en los periódicos. Su retrato se pasaba varias veces por la televisión. No. No podía arriesgarse sin tener antes al culpable.

Pero entretanto...

A Jud le hubiese sorprendido bastante ver a su amigo Ben Graham, el periodista, detener su coche frente a la oscura casa de Lucrecia, en Kentville.

¿Qué podía hacer el jefe de redacción del Tribune a una hora donde su presencia en las oficinas del periódico era poco menos que imprescindible?

Sin embargo, estaba allí. Llamó. Nadie respondió. Entonces dio un rodeo a la casa y encontró por dónde saltar al interior, rompiendo un cristal y comprobando posteriormente que el estrépito no había llamado la atención de la vecindad.

Penetró silenciosamente dentro de la casa y, ayudado por la luz de una linterna sorda, comenzó a buscar. Abrió cajones, miró entre la ropa femenina. Al fin dio con algo que le hizo sonreír en la sombra.

Fue al teléfono y marcó un número.

Al otro lado del hilo contestó la voz de Adams:

—¿Quién llama?

—Soy yo...

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¿Reconoces mi voz?

—¡Oh, sí!

—Estoy en casa de Lucrecia. Ven enseguida.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Ahora mismo.

—Está bien. Buscaré una excusa. Pero voy a tardar un poco.

—Procura que por el camino no te detenga ningún agente.

—No, desde luego. Hasta ahora.

—Te espero.

Colgó. Adams hizo lo mismo.

Jud Cregan en su frenética carrera estaba a una manzana de la villa del banquero.

Jadeante vio salir a Adams del jardín de la casa.

—¡Adams! —le llamó.

La zona era solitaria. Sólo Adams podía oírle.

El criado se volvió sobresaltado.

Jud recorrió los cincuenta metros que le faltaban para alcanzar a Adams.

—¿Eh? ¿Quién es...?

—Vamos, Adams... Creo que me conoces. Estoy siendo muy popular últimamente y no como escritor.

—Usted es...

—Jud Cregan.

—¿Qué quiere?

—Charlar contigo...

—Déjeme en paz. La policía le anda buscando. ¿Cómo se atreve a...?

Jud esgrimió su «Colt», calibre 38:

—¿Reconoces esto? Alguien me lo mandó a través de un mensajero...

—No sé de qué me habla.

Jud miró un momento la casa. Estaba a oscuras:

—¿Está Armstrong?

—No. No hay nadie.

—Mejor. Así nadie nos molestará. Sigue adelante. Tenemos que charlar.

A regañadientes Adams obedeció. Siguió hacia la casa.

—No. Mejor el garaje. Tiene puerta independiente y buena luz. No quiero correr riesgos.

Adams obedeció.

La puerta del garaje se abría automáticamente por un control electrónico u ojo mágico que hacía bascular la puerta cuando el coche atravesaba los controles.

—Tendrá otro sistema para abrirse, ¿verdad? —preguntó Jud.

El criado asintió:

—Desde dentro.

—Bien. Tú irás delante. Si me has mentido... Si Armstrong está ahí...

—Ya le he dicho que estoy solo.

Entraron por la puerta de servicio, y por la misma, a través de un corredor llegaron al garaje, sin tener que cruzar para nada la casa.

Jud cerró bien la puerta mientras el criado encendía las luces:

—Bien, Adams, ahora empieza a soltarlo todo. En primer lugar, tu nombre es Johnny. Y no lo niegues porque he visto una foto tuya de hace ocho años.

—Bueno, si usted lo dice todo...

—Pero hay algo que tendrás que decir tú. Una confesión completa. Con la mano izquierda sacó unas cuartillas. Tres. Las llevaba siempre consigo por si se le ocurría alguna idea durante un viaje. Le tiró también un bolígrafo.

—¿Qué es lo que he de confesar?

—Que primero hacías objeto de chantaje a cierta persona... Hasta que viste la posibilidad de convertirte en cazador de una pieza más grande: el Banco de tu amo.

—No. No es verdad...

—¡Vamos, Adams! Yo confesaré cuando llegue mi vez, pero mi papel será mucho más airado que el tuyo. No maté a nadie, en cambio tú te aprovechaste de lo que otros tramaron con fines muy distintos.

Jud no se dio cuenta de que otra puerta, disimulada, se abría a espaldas suyas y por ella asomaba el cañón de un revólver.

El escritor continuó:

—Hay muchos puntos oscuros que tú me aclararás, Adams...

—Quizá yo pueda aclarárselos mejor —dijo una voz a su

espalda. Era una voz regia que en tono imperativo ordenó—: ¡No se vuelva sin antes soltar ese revólver! Le estoy apuntando con otro.

Jud no tuvo más remedio que obedecer.

Luego, al volverse, ya no tuvo ninguna sorpresa al ver ante sí amenazándole a Armstrong.

CAPÍTULO XXI

—Comprenderá, amigo Cregan, que los triunfos están en mi mano. Puedo disparar impunemente. La policía le está buscando y yo podré decir que se metió usted en mi casa furtivamente. Tal vez para averiguar la nueva combinación de mi caja utilizando esto... —Y le mostró el diminuto magnetofón que utilizara la primera vez.

—¡Pero...!

Armstrong sonreía satisfecho. Jud lo comprendió casi todo sin palabras cuando detrás del banquero apareció Lucrecia:

—¡Vaya! Eso explica muchas cosas.

—No le dejaré que muera ignorante. Nadie sabe que está aquí. Ya no tiene amigos. Todos le persiguen...

—Te felicito, Lucrecia —murmuró Jud, mirándola a los ojos.

—Lo siento, Jud —replicó ella.

—No culpe del todo a la chica. Lo llevaban todo muy bien, pero no es muy difícil saber lo que ocurre en una habitación cerrada de mi casa...

Jud fue obligado a ir al dormitorio del banquero. Allí vio algo que no atinó siquiera a sospechar. Entre los dibujos de la pared y, situadas estratégicamente, había dos cámaras de circuito cerrado. Desde el salón una pequeña pantalla de televisión permitía ver lo que ocurría en el dormitorio.

—Así sorprendí a Lucrecia. La hice confesar y la chica, entre la cárcel o pactar conmigo lo soltó todo y me hizo un favor... Porque así pude robar mi propio Banco... Tengo muchos gastos y pensaba hacer unos desembolsos. Me hablaron de un yate... Bueno, esas cosas son sólo para los privilegiados. Me hizo usted un favor, Cregan.

—Ya veo...

—En realidad esperaba que diera conmigo antes. No me

conviene un juicio contra usted, ¿sabe? Usted diría muchas cosas. Mencionaría a Lucrecia...

—No hubiera mencionado a nadie de haberla visto ahora unida a usted, Armstrong.

—Precisamente. Me metería usted en un conflicto. Tendría que pensar en mi defensa. No. Muerto usted se acaban las explicaciones.

—Y muerto Harry también. ¿No es esto?

—Sí. Era otro estorbo. Mi director estaba demasiado nervioso. Habría terminado declarándolo todo.

Hubo un silencio. Jud trataba de ganar tiempo, de buscar una oportunidad.

—No saldrá tan bien librado. La policía seguirá investigando. Alguien tuvo que abrir la caja. Le acusarán a usted.

—¿Olvida a Lucrecia, a mi fiel Adams? Ya dieron una prueba de lo que son capaces de hacer. La carta que le desapareció a su amigo el periodista, su pistola robada hábilmente y también la copia de esa carta por su acaso.

Jud ni siquiera lo sabía. Armstrong continuó:

—Un revólver enviado por un mensajero y un diluvio de llamadas anónimas. Créame, Cregan, ellos son mi mejor coartada. Declararán a mi favor. Si no lo hacen... En nuestro Estado existe la silla eléctrica, ¿verdad, Adams? El pobre tuvo que matar a los guardines. Y a Masson.

—Por orden suya.

—Intereses creados, señor Cregan. Nos conviene estar unidos.

—Sí, pero Lucrecia es amiga del teniente Skinner. Sabe que yo la visité.

—No será Lucrecia la que declare. No soy tan ingenuo.

—¿Y cómo justificará que su caja haya podido ser abierta?

—Yo no tengo que justificar nada. Es usted al que espesan cazar para que les explique cómo lo consiguió, pero sólo conseguirán encontrar un cadáver.

—Todo lo tiene previsto, ¿eh?

—Sí. Absolutamente todo. Hasta el lugar donde debo matarle. Aquí mismo. En mi dormitorio. Un lugar muy cerca de mi caja fuerte... Usted iba armado. Yo le sorprendí. Usted trató de disparar y me defendí...

Jud sonrió ampliamente.

—¿Yo pretendía disparar?

—Por supuesto, se encontrarán balas en la pared... Como la otra vez. Y, desde luego, lo haré una vez usted sea ya cadáver.

—Si no tiene balas del calibre de ese revólver que me envió, va listo. ¡Está descargado!

—¿Eh?

Fue la primera vez que el banquero dudó. Se metió la pistola en el bolsillo de su batín. Daba igual, porque Adams, presente también, le apuntaba con la suya.

El propio Armstrong sacó el «Colt» que había guardado en el otro bolsillo sirviéndose de un pañuelo. Comprobó que, efectivamente, el tambor estaba vacío.

—Lo verdaderamente bueno de las armas de fuego, señor Gregan, es que el amenazado nunca sabe si están cargadas o no.

—No se preocupe. Tengo balas. No le pierdas de vista, Adams. Voy por ellas. Y enseguida terminamos este enojoso asunto.

—¿Tengo que estarme aquí? —preguntó Lucrecia.

—No, querida. No será un espectáculo agradable —replicó el banquero y avanzó hacia la puerta.

La sentencia contra Jud era irrevocable. Y nada podía hacer...

Cuando el banquero hubiese cargado el revólver, Adams actuaría de verdugo con el que estaba empuñado; luego bastaría hacer un disparo con el «Colt» e incrustar la hala en la pared. Se comprobaría que pertenecía al arma homicida y...

CAPÍTULO XXII

Ben abrió la puerta de la casa de Lucrecia. En el umbral estaba el teniente Skinner.

—Pase y se lo explicaré. Sé que usted es amigo de Jud. Yo también lo soy. Ahora está en un aprieto...

—Tenemos orden de detención... Ahora no cuenta la amistad.

—Ni siquiera siendo víctima de su propia trampa... —Ante la actitud un tanto sorprendida del policía, el periodista añadió—: Siéntese y conocerá la historia hipotética. Tenemos tiempo todavía.

—Está bien, hable. ¿Sabe dónde está Jud?

—No. Pero en cambio averigüé algo muy interesante... Habló de la carta entregada dos días antes del asalto, del interés de Jud, consumados los hechos, que no se publicara, las sospechas particulares del propio Graham y, por fin, de la desaparición de la carta.

—¿Cree que en esta carta, Jud se confesaba autor del atraco?

—Pues sí. Pero un atraco sin sangre. Luego algo debió complicarse... Bueno, vayamos al motivo de mi llamada. Todo empezó cuando vi a Jud en compañía de Lorna Diamont. Pensé que si nuestro amigo confiaba en ella, Lorna podía saber algo y averigüé dónde vivía. Me acerqué en mi coche y les vi a los dos. Acababa de llegar. Pero vi algo más. Un coche que les seguía. Me fijé en el individuo. Un tipo fornido. Como nada podía hacer con Lorna, puesto que estaba con Jud, seguí a aquel tipo. Y le vi meterse en casa de los Masson. Aquello me intrigó de veras. Todo esto sucedía después del entierro. Gracias a mi amistad con uno de los detectives de la compañía de seguros que tiene suscrita la póliza con el Banco Comarcal supe que aquel tipo era detective privado al servicio de la viuda Masson.

—¿Y por qué ha contratado un detective? No nos dijo nada.

—No importa ahora cómo supe confidencialmente que a los

Masson les hacían chantaje. Entonces comencé a pensar seriamente si Jud, sin proponérselo, no se había metido en una trampa, porque la sospechosa de aquel chantaje, según averigüé, era Lorna.

«Lamenté no haber podido leer la carta que Jud me confió, pero se me ocurrió que podía tener una copia, y con esta intención me dirigí a su casa. Me tropecé en la calle con el detective de la compañía de seguros. Salía del edificio donde vive Jud...».

Graham revivió la escena:

«—¿Qué diablos haces aquí?

»—Investigar acerca de Jud. La policía le está haciendo muchas visitas últimamente. A ellos les interesa un asesino, a nosotros dos millones seiscientos mil dólares. Perdona. No puedo entretenerme... Estoy siguiendo a un tipo que juraría salió de casa del escritor».

Graham concluyó:

—Vi al tipo. Se llama Adams y es el criado de Armstrong. Esto lo supe más tarde. Supe también que el tal Adams se entrevistó con la dueña de esta casa, una tal Lucrecia... Y me mostró unas fotos que sacaron sin que ella se diera cuenta. Comprenda, teniente, llegado el momento, a los detectives de la compañía les interesa el apoyo de la Prensa. Por eso es bueno tener amigos.

—Siga.

—Llegamos al final. Volví por la tarde a casa de Jud. Encontré a un chico de unos catorce años. Estaba llamando a la puerta.

—Le dije que yo era amigo de Jud y qué era lo que deseaba. Al principio fue remiso. Luego le di una propina y me contestó que trabajaba en unas mensajerías y que había llevado un paquete a Jud...

Siguió la relación de todo lo ocurrido, para terminar:

—Total... El muchacho encontró al otro chico que le entregó el paquete, y para ganarse los veinte dólares prometidos por Jud no esperó a que éste le telefonara.

—¿Y qué contenía ese paquete? —preguntó el teniente Skinner.

—No lo sé. Pero sé que por tan tortuoso conducto lo hizo llegar una chica al domicilio de Jud. Y esa chica, por la descripción que me dieron, era Lucrecia... Luego, al mostrar la foto de ella, el chico que recibió el paquete para entregar al mensajero la reconoció.

—¿Usted sabía que Lucrecia y Jud eran amigos?

—No. No lo sabía hasta que me lo dijo el detective de la

compañía de seguros, y entonces me pregunté: ¿Por qué siendo amigos ella obra de un modo tan tortuoso? Y me decidí a hacer una llamada a Adams. Es decir, dos...

—¿Para qué?

—Para asustarle. Primero le dije que lo sabía todo y colgué. Sé que mi llamada le hizo efecto.

—Pero ¿de qué puede acusar a Adams?

—Teniente, a mí me desapareció una carta que me había sido confiada. Luego, era responsable de ella. Estaba a oscuras y no podía denunciarlo sin comprometer a un amigo. Se hizo la luz gracias a un presentimiento. ¿Qué había ido a hacer Adams en casa de Jud? No olvide que el detective de la compañía le vio salir del piso de Jud... Seguramente consiguieron un duplicado de su llave, porque Jud no estaba. Entonces pensé: «Si Adams es un ladrón, ¿por qué no pudo él robar mi carta?». Y se me ocurrió enseñar la foto de Jud (sacada también por los detectives de la compañía), a mi portera, a mis vecinos... Y alguien le reconoció. Le hablan visto una vez en la esquina, saliendo de la parte trasera. Una niña, una vecina que tiene una memoria fabulosa para todo... Por eso pensé que quién robaba una carta redactada por Jud era una enemigo suyo y esa carta le convenía hacerla desaparecer, y me propuse saberlo todo... Por eso hice una segunda llamada y cité a Adams aquí. Instalé un micrófono y la conversación quedará grabada. Le llamé a usted para que hubiera un testigo. ¡Ah! Y además, si va a la cómoda encontrará un fajo de billetes. Parece que a esa Lucrecia le interesa más guardarlos en casa. ¿Quién le paga y por qué? Lo sabremos en cuanto llegue Adams.

—¿Y si no viene?

—Vendrá. Querrá saber qué es lo que sé yo. Sé que está asustado...

CAPÍTULO XXIII

En la villa de Armstrong, el banquero acababa de regresar con el «Colt» cargado.

—Cuando quieras, Adams. Tú eres mi brazo ejecutor.

El criado tragó saliva.

—¡Un momento! —exclamó Jud viéndose ya en los últimos segundos de su vida.

—No intente ganar tiempo —sonrió el banquero—. No le servirá.

Adams vaciló.

—¿Qué esperas? —preguntó, impaciente, Armstrong.

—Señor... Quizá primero sería conveniente averiguar lo de ese tipo que llamó.

—Ya habrá tiempo. El único que está al corriente del juego es Cregan. De esto estoy muy convencido.

Jud lanzó un tiro al azar. Era jugarlo todo a una carta.

—Se equivoca. Otra persona lo sabe. Si me ocurre algo, hablará.

La vacilación de Armstrong fue evidente.

—Es una trampa...

—Adams acaba de decir que alguien le llamó —seguía hablando a ciegas...

Armstrong le miró fijamente.

—Está bien. Ve a Kentville. Entretanto, el señor Cregan será mi huésped.

—¿Yo solo, señor...?

—Dispara contra quien sea. Usa silenciador. Lucrecia te dará la llave de la puerta trasera. ¿No has dicho antes que la cita era allí?

—Sí —afirmó el sirviente—. Pero puede ser una trampa.

—Llama a casa de Lucrecia. Si el tipo ese sigue allí, dile que tardarías un par de horas, que no puedes salir antes. —Consultó el reloj—. Ahora son las ocho y diez minutos. Supondrá que no

llegarás hasta las diez y diez, y así podrás sorprenderle llegando antes.

—Está bien —admitió el criado. No tenía opción. Estaba metido hasta el cuello.

Salió de la habitación y Armstrong indicó a Jud que se sentara. Éste observó el cuadro de mandos. Sabía que eran las luces. Si pudiera llegar hasta allí... Era sólo un movimiento... Un movimiento que cogiera por sorpresa a Armstrong.

Lo hizo. Era su oportunidad.

De un manotazo pulsó los botones. Las luces cambiaron de color y, al fin, se oscureció.

Armstrong disparó un par de veces. Jud estaba ya al otro lado de un sofá, con la ventaja de saber donde Armstrong se encontraba guiado por los fogonazos. Tanteó en la mesita próxima. Recordaba una figura de bronce. La cogió.

El banquero consiguió llegar al cuadro para encender. En el momento en que la habitación se inundó de luz, Jud arrojó la figura, que alcanzó a Armstrong, derribándole.

Quedó sin sentido.

Al ruido había acudido Lucrecia, pero, veloz, Jud tomó del suelo el «Colt» y la encañonó.

—¡Quieta!

Una voz surgió tras ella.

—No hace falta, Cregan...

—¿Eeeeh? —La sorpresa del escritor fue mayúscula al ver a Baxter, el detective privado, también con un revólver encañonando a Lucrecia.

—Lorna hizo un favor a mi cliente esta tarde y pidió la vuelta... He oído todo lo que se ha hablado aquí, y mostró un magnetofón a transistores.

—¿Dónde diablos estaba?

—Llegué un poco antes y me escondí en el jardín. Al ver salir a Adams vacilé un momento, pero luego al verles dirigirse al garaje entré en la cocina, busqué y llegué primero. Me escondí debajo del «Cadillac» del señor Armstrong... Por supuesto, habría intervenido en su favor llegado el caso.

—Si lo hubiera sabido antes...

—Luego, cuando se fueron en comitiva esperé un poco y les

seguí. Como nadie cerró la puerta por completo la voz llegó perfectamente.

—¿Y Adams? ¿No le ha visto salir?

—No ha podido. —Y Baxter sacó una pequeña porra de goma—. Esto se lo ha impedido. ¿Qué hacemos ahora?

—Ir a casa de Lucrecia. Alguien ha llamado desde allí, citando a Adams.

—¡Pues, andando! Usted conduzca, y yo cuidaré de esta chusma. —Miró a Lucrecia y añadió—: Lástima que se haya mezclado en esto.

Poco después, la extraña comitiva llegaba a casa de Lucrecia. La sorpresa de Graham fue mayúscula, y no menos la de Skinner.

Cuando Jud estuvo frente al teniente con Adams y Armstrong, atados y la cabizbaja Lucrecia abriendo la marcha, encañonados todos por el revólver de Baxter, murmuró:

—Bien, Frank... Todos tenemos algo que declarar. Será un éxito para ti.

—Y para el Tribune. Espero tener las primicias —sonrió Graham.

CAPÍTULO XXIV

Las pruebas eran acusadoras. Armstrong tuvo que confesar, lo hizo también Lucrecia. El único que guardó un mutismo absoluto fue Adams, el brazo ejecutor. Poco importaba ante el testimonio rotundo del banquero.

Para Jud hubo libertad bajo fianza. Recuperada la carta, ti abogado defensor estimó que podía ser una prueba favorable según se esgrimiera, y lo sería, puesto que Armstrong, vencido y acorralado, confesó con pelos y señales.

—Yo no obligué a matar a nadie. Dije simplemente a Adams que recogiera el dinero, que Jud habría dejado en el archivo.

Adams sabía que era mentira. Que su jefe le había ordenado matar. Pero... ya daba lo mismo... Pensaba en los alambres de la silla eléctrica. Tres asesinatos pesaban sobre su conciencia. Tres asesinatos... ¿De qué serviría alegar que los cometió por cuenta de otro?

No se habló de chantaje. Habría sido preciso desenmascarar a la viuda Masson. Había salido absuelta ocho días antes y tenía derecho a rehacer su vida. Así lo dijo Baxter.

—No tengo pruebas concretas, pero apostaría a que ella no mató al banquero de Nueva York... Era ambiciosa, quería llegar lejos...

—¿La conocía usted de antes? —preguntó Graham.

Se habían reunido el periodista, el detective, Frank Skinner junto con Lorna y Jud Cregan. Estaban todos en el estudio del escritor.

—Sí. La conocí en Nueva York...

—Y está enamorado de ella —sonrió Graham, cuyas primicias en la información habíanle acreditado una vez más.

—Bueno... Eso son cosas íntimas —sonrió.

—Hablando de cosas íntimas —comentó Skinner—, estamos estorbando a esa pareja de tórtolos.

Todos miraron a Jud y a su novia.

—¿Cuándo se celebrará el juicio? —preguntó Lorna al policía.

—Por lo menos, dentro de un par de meses.

Había inquietud en la muchacha. El policía añadió:

—Jud merece una buena reprimenda, no se puede jugar con fuego, y él lo hizo. Pero bien es cierto que colaboro en la captura de los asesinos. Esto constará y, puesto que expusiste tu vida, pesará ante el jurado.

Se despidieron todos y les dejaron solos. Jud cerró la puerta y abrazó fuertemente a Lorna.

—Todavía no te he dado las gracias por enviarme a Baxter.

—Esta vez no quería perderte, querido...

El la besó. Fue un beso largo. Muy quedamente, con los labios casi unidos, ella murmuró:

—Pase lo que pase, te querré siempre...

—Bueno... He leído algo sobre jurisprudencia, creo que hay un caso parecido en la historia. El juez emitió una sentencia simbólica... No sé si tendré la misma suerte, pero no quiero pensar en ello.

Y volvió a besarla.

Se sentía libre de aquella pesadilla.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

